

Industrialización, desindustrialización y nueva industrialización de las regiones españolas (1950-2000). Un enfoque desde la historia económica

● ANTONIO PAREJO
Universidad de Málaga

Introducción

La historia industrial de los países occidentales europeos durante los últimos cincuenta años puede resumirse con términos como los que encabezan este trabajo. Una secuencia cronológica que haría referencia en primer lugar a la fase de crecimiento económico inaugurada tras la Segunda Guerra Mundial —la «edad dorada» del capitalismo—, más tarde a la crisis industrial de los años setenta y por último a la no menos profunda transformación del sector producida en las dos décadas finiseculares. Por supuesto, existen perspectivas complementarias o distintas a las anteriores sobre las que cabe plantear el análisis de la trayectoria seguida por el sector secundario en el medio siglo más reciente a nuestros días. Cualquiera de ellas resulta igualmente legítima y pertinente: como es sabido, el período encierra manifestaciones tales como el tránsito de la segunda a la tercera revolución tecnológica, la emergencia del sector cuaternario (la economía de la información o nueva economía) o el creciente predominio de las industrias de alta tecnología; transformaciones que, en definitiva, parecen haber gestado una nueva identificación entre industrialización y crecimiento económico.

De cualquier modo, y como quiera que en adelante se asume una utilización restringida de la terminología anterior, es preciso matizar el contenido semántico de cada uno de estos vocablos, sobre todo en el caso de los dos primeros, empleados hasta ahora por los historiadores económicos para caracterizar lo ocurrido a finales del Setecientos y durante todo el Ochocientos y quizá por ello usualmente dotados de connotaciones más definitivas (la desindustrialización como la crisis final de un determinado modelo industrializador). Aquí, por

«industrialización» entenderemos estrictamente el fenómeno vinculado a la emergencia del modelo de acumulación capitalista posbélico. Conviene insistir en que fue entonces y no en el siglo XIX o a lo largo de la primera mitad del XX cuando la industria de la mayoría de las economías occidentales alcanzó una participación más elevada en términos de empleo y valor añadido; mayor aportación relacionada con crecientes ganancias en la productividad de los factores, que en un porcentaje elevado cabe vincular también con los cambios experimentados en la organización empresarial (la extensión del sistema fordista), las innovaciones tecnológicas, el papel desempeñado por los avances científicos aplicados al proceso productivo, la utilización intensiva de energía, la ampliación de mercados (por la doble vía del comercio exterior y de la recuperación interior de los niveles de ingreso) y la emergencia de nuevas industrias líderes¹.

Teniendo en cuenta las anteriores características, la «desindustrialización» posterior se manifiesta sobre todo por un descenso apreciable del empleo industrial y de la participación del sector secundario en el PIB. No obstante, y al margen de coyunturas determinadas, tales indicadores no están traduciendo una situación de crisis o atraso relativo de la economía que corresponda; más bien al contrario, se trata simplemente del obligado peaje de la terciarización, la nueva vía que, frente a la industria, cabe identificar en esos momentos con crecimiento económico².

Un camino alternativo en algunos casos; sólo un punto de inflexión en otros: un paréntesis abierto en el tránsito de la segunda a la tercera revolución tecnológica. En esta «nueva industrialización» o «reindustrialización» tiende a difuminarse el tradicional carácter tripartito de la actividad económica, hasta el punto de que algunos especialistas prefieren emplear términos como los de «sociedades o economías metaindustriales» —con el que definen un nuevo tipo de industria, distinta de la tradicionalmente considerada como tal—, o «serviindustriales», en referencia a la integración sectorial y el carácter complementario entre industria y servicios que la nueva realidad comporta³. Por otra parte, se trata de una actividad manufacturera más intensiva que extensiva en la utilización de factor trabajo —en capital humano, lo que implica que apenas se refleje en la recuperación de los niveles de empleo—, y extraordinariamente selectiva en lo que se refiere al protagonismo adquirido por determinadas ramas industriales —entre las que resultan dominantes aquellas que incorporan una tecnología más avanzada—, aunque

1. Una visión general sobre este período en Latheson y Wheeler, eds. (1980), Ark y Crafts, eds. (1996), Crafts y Toniolo, eds. (1996), Schulze, ed. (1999).

2. Sobre la desindustrialización, y en general la economía europea a partir de 1973, vid, Martin y Rowthorn (1986), Blackeby, ed. (1987), Wild y Jones, eds. (1991), Keeble (1991), Johnson, ed. (1993), Rowthorn y Ramaswamy (1997), Kirby (1999).

3. Gershuny y Miles (1983), Rubalcaba (1997).

al mismo tiempo se demuestre más versátil por cuanto garantiza la convivencia de distintos sistemas organizativos –de la gran empresa a la especialización flexible– y la atención de mercados muy diversos –locales, regionales y hasta mundial–⁴.

En términos espaciales las novedades aportadas por la nueva industrialización son, aparentemente al menos, escasas: la consideración capitalista de casi todas las economías del planeta desde 1989 –independientemente de su grado de desarrollo– apenas ha implicado una reasignación de roles en la industria mundial, en la que el liderazgo estadounidense frente a Japón y la Unión Europea parece por ahora indiscutible; territorios estos últimos que, por lo demás, mantienen sus distancias frente a los nuevos países industrializados y el resto de las economías atrasadas⁵.

Ahora bien, las cosas pueden ser distintas en el interior de esas economías nacionales, de forma que la secuencia temporal comentada conlleve asimismo cambios más o menos importantes en la localización de las actividades productivas: la desindustrialización de las antiguas regiones y la emergencia de nuevos territorios industrializados son los fenómenos extremos de este proceso de transformación y cambio estructural. Como veremos más tarde, su estudio ha dado lugar a una amplia literatura en la que se pondera el papel de las ventajas comparativas en función de las distintas exigencias de los nuevos paradigmas tecnológicos, pero también los beneficios derivados de las economías de aglomeración y de los rendimientos crecientes⁶. En otras palabras, la «nueva industrialización» parece implicar un retorno a la polarización propia de los primeros estadios de todo proceso industrializador. Si bien de distinta naturaleza: mientras que entonces se trataba de un fenómeno ligado a las disponibilidades energéticas, la existencia de capital físico y humano –acumulación de capital procedente de la agricultura, empresariado y mano de obra– y de un mercado interior suficiente para absorber la producción creciente de manufacturas, ahora se debe al hecho de que determinados distritos industriales (generalmente, aunque no de manera exclusiva, aquellos que previamente han conseguido especializarse en ramas de elevado contenido tecnológico) son capaces de articular una densa trama de servicios a su alrededor; servicios que, por lo demás, terminan imponiendo su dominio como generadores de empleo y valor añadido⁷.

4. Sobre estas cuestiones, vid. Kenessey (1987), Aydalot y Keeble, eds. (1988), Cooper y Kapinsky, eds. (1989), Keeble (1991), Piore y Sabel (1994), Zeitlin y Sabel, eds. (1997).

5. Para un análisis comparativo de las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial vid. Chenery, Robinson y Syrquin (1986). Una visión secular en Crafts (2000) y DeLong (2000).

6. Planteamientos de carácter general sobre estos asuntos en Keeble y Wever, eds. (1986), Benko y Dunford (1991), Jones y Wild (1991), Rodwin y Sazanami (1991).

7. Daniels y Moulaert, eds. (1991), Cuadrado y del Río (1989), Elfring (1988)

¿Y en cuanto a España? En tiempos historiográficos marcados por la recuperación de la normalidad española en el marco de la evolución económica continental y, todavía más, inmersos en una cronología como la que arranca a mediados del siglo XX, surcada por otro término exitoso –convergencia– puede resultar pertinente la aplicación a nuestro país de las pautas de transformación industrial que acaban de comentarse. En líneas generales también España, como sus vecinos europeos, experimentó un proceso de industrialización similar desde mediados del siglo XX –ligeramente desplazado en el tiempo, de menor duración pero también de mayor intensidad–, sufrió con posterioridad los desajustes propios de una economía crecientemente volcada al sector servicios –los efectos de la desindustrialización–, y parece haber apostado en fechas recientes por un tipo de actividad industrial cada vez más ligada a mercados exteriores y con una distribución de su valor añadido que poco tiene que ver con la estructura sectorial existente a comienzos de los años cincuenta, un modelo en el que asimismo resulta cada vez más problemático aplicar la división sectorial que popularizara Colin Clark⁸.

Solventadas las cuestiones terminológicas, quedan dos últimas aclaraciones sobre el título y el contenido de este artículo: una de carácter general y otra metodológica; ambas se refieren al sentido final de las páginas que van a continuación, en las que se asume el análisis de la industrialización española durante la segunda mitad del siglo XX desde una perspectiva casi exclusivamente regional. El empeño se ajusta a uno de los presupuestos básicos de nuestra especialidad: el análisis territorial de todo fenómeno industrializador, si bien, como se planteará en el apartado siguiente, se trata de una dimensión espacial no siempre coincidente con los límites de las regiones administrativas actuales, y por ello necesitada de una atención complementaria. Algo que también cabe extender a la cronología elegida, ya que, como se sabe, los historiadores industriales –al menos los españoles– no acostumbramos a transitar por los caminos más cercanos al presente, abandonados en beneficio de otras disciplinas próximas a la nuestra. Pero como reza en el título, serán las técnicas y herramientas propias de la historia económica –industrial– las utilizadas para plantear una visión sintética de lo ocurrido durante los últimos cincuenta años en la industria de las comunidades autónomas que actualmente conforman el estado español. Como tal, varios de los epígrafes siguientes no incorporan investigación propia, algo que sí ocurre en los dos últimos, donde se analizan tres casos particulares, que pueden considerarse paradigmáticos de la diversa trayectoria industrializadora española materializada a partir de 1950, y donde también se avanza en una consideración espacial de contornos geográficos más restrictivos que los puramente regionales o autonómicos.

8. Prados y Sanz (1996), Catalan (1993) y (1999).

La historia industrial de España y sus regiones en el último medio siglo: una aproximación bibliográfica

Desgraciadamente, no disponemos todavía de una visión de conjunto sobre la trayectoria de la industrialización española en este periodo⁹. Como acabo de apuntar, la historia industrial se ha mostrado particularmente remisa a aventurarse en el estudio de esta etapa, bastante más, por ejemplo, que la historia agraria u otras ramas de la historia económica. La explicación de esta ausencia no sólo debe tener en cuenta la mayoritaria atención prestada a la España del «fracaso» (circa 1830-1913), sino también el vacío estadístico del primer franquismo, poco interesado hasta finales de la década de los cincuenta en la elaboración de datos agregados sobre el sector industrial. El problema de las fuentes se convierte, así, en un elemento complementario para entender esta ausencia de investigaciones sobre los grandes agregados de la industrialización española contemporánea¹⁰, teniendo en cuenta además que no se trata sólo de un problema de tardanza (es sabido que el primer censo industrial de nuestra historia contemporánea comenzó a elaborarse en 1958), sino también de su dudosa fiabilidad. Así, pese a la existencia de dos organismos que desde el año que acaba de citarse participan en la confección de este tipo de datos (el Servicio Sindical de Estadística y el Instituto Nacional de Estadística)¹¹, en el primer caso hubo subsectores fabriles que se escaparon a la investigación —gran parte de la industria agroalimentaria, por ejemplo— y en el segundo ramas fabriles claramente infravaloradas —algunas tan importantes como la de los transformados metálicos—, amén de que el secreto estadístico impide a menudo un análisis desagregado más allá de los meros totales nacionales¹². En definitiva, circunstancias que han desanimado aproximaciones globales desde la historia industrial —aunque quizá lo vasto de la tarea explique el valor y la brillantez de los resultados alcanzados en los pocos ejemplos disponibles¹³— y que en cualquier caso continúan arrojando no pocas dudas

9. En realidad, sólo algunas iniciativas disponibles para todo el siglo XX integran en su perspectiva secular lo ocurrido durante el franquismo y la transición democrática hasta el ingreso español en la CEE. Vid., por ejemplo, Carreras (1987), García Delgado (1997). La más reciente de todas, con un título que además se ajusta perfectamente a la cronología de este trabajo en Buesa y Molero (2000).

10. De las fuentes estadísticas, que no de las documentales, que son amplias y sólo han sido manejadas parcialmente por los investigadores. Vid. San Román (1995).

11. Los hitos fundamentales de la reorganización estadística industrial posbélica, así como sus vicisitudes posteriores hasta 1977 se recogen con detalle en Llopis y Fernández (1997), en especial en las páginas 2 a 37. Otras valoraciones críticas sobre las estadísticas industriales disponibles para este período en Carreras, ed. (1989), pp. 237-242 y en García, Goerlich y Orts (1994).

12. Véanse los comentarios críticos de Llopis y Fernández (1997). Por lo demás, una lectura de su investigación, en algunas de las versiones publicadas, da cumplida idea de la extraordinaria dificultad de estudiar esta etapa con los fuentes estadísticas disponibles.

13. Carreras (1983) y (1990a).

sobre la validez de los resultados obtenidos cuando se han empleado las escasas fuentes oficiales existentes o manejado otras alternativas (concretamente las del Banco de Bilbao)¹⁴.

No ocurre lo mismo con otras disciplinas linderas a la nuestra, o, expresado de otra forma, las cosas son distintas en aquellas especialidades en las que los intereses de la investigación no se vinculan tanto a una determinada problemática histórica. La economía aplicada, por ejemplo, movilizó extraordinarios recursos en los años setenta y ochenta, que centró sobre todo en el análisis del sector industrial desde 1964 –cuando el INE asume las competencias sobre la Contabilidad Nacional y las estadísticas industriales elaboradas por el mismo Instituto se perfeccionan–, preocupándose inicialmente por las transformaciones estructurales del sector y la inserción del proceso industrializador en el crecimiento económico durante los años del desarrollismo, y más tarde por los procesos de ajuste y reconversión ligados a la crisis industrial¹⁵. Una amplísima bibliografía testifica hoy –cuando los vientos intelectuales y las líneas de trabajo de esa disciplina parecen moverse en otras direcciones– aquel importante esfuerzo, que puede sonar añejo para un colectivo que, salvo excepciones, se muestra escasamente interesado en la economía de una década atrás (y todavía menos en insertar tal trayectoria en una perspectiva de más largo plazo); un esfuerzo que, no obstante, acaba convirtiéndose en material utilísimo para la historia industrial: la especialidad provista del utillaje capaz de seleccionar aquellas variables adecuadas a la naturaleza de sus objetivos científicos, en los que el tiempo deviene en componente fundamental.

A modo de síntesis de todas estas aportaciones, el cuadro 1 resume aquellas variables de ese proceso de crecimiento, cambio y reestructuración sectorial de la industria española entre 1950 y 2000 sobre las que podemos aportar cifras que cubren todo el período analizado.

El vuelco experimentado por la industria española en estos últimos cincuenta años resulta espectacular, fundamentalmente en lo que se refiere a tres de las diez variables consideradas: la producción industrial (que se multiplica por diez en cincuenta años, con tasas anuales superiores al 10 % para la década del noventa y sesenta), la productividad del trabajo (los avances obtenidos hasta 1970 son paralelos a un incremento sustancial de la mano de obra industrial, que gana más de un millón de activos en veinte años; el extraordinario incremento de la

14. Las críticas a las estimaciones del Banco de Bilbao son de otro tipo y se refieren fundamentalmente a los métodos de elaboración seguidos, que no siempre llegan a explicitarse suficientemente. No obstante, sus datos totales, regionales y provinciales sobre valor añadido o empleo industrial han sido mayoritariamente utilizados hasta ahora frente a las *Estadísticas Industriales* o las *Estadísticas de Producción Industrial*, tanto por economistas como por historiadores económicos.

15. Vid., entre otros, Fanjul y otros (1974), Braña, Buesa y Molero (1978), Martín, Romero y Segura (1981), Gandoy (1987), Gómez Villegas (1987), Myro (1987), Segura y otros (1989).

CUADRO 1
CRECIMIENTO Y CAMBIO ESTRUCTURAL DE LA INDUSTRIA ESPAÑOLA, 1950-2000

	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)	(8)	(9)	(10)
1950	100		23,4	19,77	100	-	13,4	19,0	16,7	50,7
1960	190,6	6,66	30,9	22,27	154,1	-	14,8	19,1	18,0	48,0
1970	532,3	10,81	30,8	27,14	351,6	7,2	13,2	21,4	24,9	40,3
1980	769,3	3,75	30,2	26,37	568,5	11,4	10,2	21,3	29,5	38,9
1990	942,0	2,04	29,8	22,92	695,7	16,7	17,3	19,6	27,2	35,9
2000*	1.088,7	1,82	23,1	19,51	801,1	31,2	17,4	21,8	27,9	32,9

Fuente: Véase texto. Elaboración propia.

- (1) Índice de producción industrial (IPIES, 1950=100). Carreras (1987) e INE (años sucesivos).
 (2) Tasa de crecimiento media anual de la producción industrial (%). Id.
 (3) VAB industrial sobre PIB español (%). Id. y Prados (1995) e INE
 (4) Ocupados sobre total (%).
 (5) Productividad del trabajo (IPIES/Índice de población activa industrial x 100; 1950=100)
 (6) Exportaciones/Producción industrial
 (7) Distribución sectorial del VAB: Energía y minería
 (8) Id. Industrias de bienes de inversión
 (9) Id. Industrias de bienes intermedios
 (10) Id. Industrias de bienes de consumo.

*Datos correspondientes a 1998

productividad que se produce desde entonces debe relacionarse asimismo con la pérdida de empleos del sector: de 3,2 millones en 1970 a 2,8 en 1999) y la vinculación exterior de la industria, que pasa de no tener presencia alguna hasta comienzos de los años setenta, a vender en el extranjero casi una tercera parte de toda su producción. Todo ello enmarcado en un considerable crecimiento del producto industrial hasta 1970 –en los años del desarrollismo, pero también en la década intermedia del siglo, debido en este caso a los bajísimos niveles de partida– y en una ralentización posterior que, con las observaciones empleadas, parece impregnar las tres décadas finiseculares.

Las modificaciones restantes no son tan considerables, si bien en el caso del VAB y del empleo ambas variables parecen dibujar un camino similar de U invertida: las dos comienzan y acaban con los mismos porcentajes (un 23 % sobre el PIB; un 19 sobre el empleo total), para mostrar sus máximos –casi 31 y 27 %, respectivamente– en las observaciones intermedias. Los cambios en la estructura sectorial del producto industrial, en fin, se concentran fundamentalmente en las industrias de bienes de consumo, que pierden alrededor de dieciocho puntos a lo largo de este último medio siglo en beneficio en primer lugar de los bienes intermedios, seguidos de la energía –que compensa ampliamente el hundimiento minero– y en menor medida de los bienes de inversión. No obstante, los porcentajes esconden transformaciones de más hondo calado: en el sector de consumo el predominio de una industria agroalimentaria que incorpora valo-

res añadidos más elevados y una creciente diversificación del epígrafe «otras industrias»; en los bienes intermedios y de inversión el predominio de los subsectores de «alto contenido tecnológico»; la industria no manufacturera, por su parte, muestra un comportamiento algo más errático, penalizado primero por la crisis minera de los años setenta y revitalizado posteriormente por los impulsos hidroeléctrico y nuclear y del refino de crudo¹⁶.

A grandes rasgos, el resumen anterior dibuja el marco general y las características fundamentales de las actividades industriales españolas en la segunda mitad del siglo XX; por supuesto, también define el sentido de las distintas manifestaciones territoriales en las que aquí nos interesa profundizar. Una dimensión que ha merecido por parte de los especialistas una atención similar a la descrita más arriba para el conjunto estatal, quizá con el matiz de que buena parte de los enfoques regionales sobre comportamientos industriales se han insertado en el análisis del más amplio fenómeno de las disparidades territoriales del crecimiento y los problemas de convergencia entre regiones, asuntos que siguen aglutinando un porcentaje elevado de la investigaciones españolas en economía regional¹⁷. En cualquier caso, dentro o fuera de este marco teórico de referencia, deben citarse los numerosos trabajos publicados en estas dos últimas décadas sobre productividad, cambios en la estructura sectorial, inversión, ciclos o acumulación de capital, investigaciones que han supuesto mejoras sustanciales en nuestros conocimientos sobre la trayectoria industrializadora de las actuales comunidades autónomas desde 1964 y especialmente a partir de que en 1980 el INE comenzara a publicar la Contabilidad Regional¹⁸.

Por su parte, la historia industrial española tampoco se ha interesado especialmente por la industrialización regional en la segunda mitad del siglo XX. Evidentemente, las precariedades estadísticas son idénticas a las comentadas más arriba para todo el país, e incluso más acusadas debido a la incidencia del secreto estadístico en los datos provinciales facilitados por el INE, lo que imposibilita en no pocos casos este tipo de agregaciones y con ellas las sumas intrarregionales. De tal manera, los pocos trabajos animados por un interés comparativo —sea este regional o provincial— disponibles hasta ahora para este período han debido utilizar las series provinciales del Banco de Bilbao¹⁹, o bien —un camino

16. Resúmenes recientes sobre estas transformaciones en Velarde, García Pedreño y García Delgado, eds. (1990), Buesa y Molero (1999), de la Dehesa, Ruiz y Torres (1999).

17. La bibliografía disponible es muy extensa. Los trabajos más recientes, y/o aquellos que ofrecen una cronología más amplia (desde 1955), son los de Cuadrado, dir. (1998), Dolado, González Páramo y Roldán (1994), Raymond y García (1994), Delgado y Sánchez (1994), Martín Rodríguez (1999b), Pérez (2000), Germán (inédito), Maluquer (2001b).

18. Vid., entre otros: Giráldez (1986), Herce De Lucio y Goicolea (1996), Myro (1992) y (1997a), Segarra (1997), Rodríguez Nuño (1997), Pons (1997), Picazo y Reig (1997), Costa y Viladecans (1999).

19. Vid. entre otros: Nadal (1987), Germán (1993), Sudrià (1996).

bastante más largo y laborioso— se han visto obligados a reelaborar nuevas series de producción en base a las estadísticas industriales oficiales²⁰. Una dependencia que sólo se relaja cuando los estudios de historia industrial regional se limitan a análisis territoriales concretos: es entonces cuando adquiere pleno sentido el trabajo de archivo —de los histórico-provinciales al General de la Administración, pasando por el del INI, sin olvidar la documentación empresarial (vid. nota 10)— y cuando cabe completar la cuantificación con aproximaciones más cargadas de contenidos cualitativos²¹.

Pero además del problema de las fuentes o de la sujeción a una cronología en la que superar la Guerra Civil parece resultar todavía una tarea arriesgada y por ello cedida a otros colegas, existen hipotecas distintas a las que asimismo es preciso aludir. Se refieren éstas, fundamentalmente, al objeto de análisis, a la adecuada elección de un marco territorial de investigación. Los historiadores solemos movernos con comodidad en espacios administrativa o históricamente acotados, sean éstos países, regiones, provincias o municipios. Sin embargo, descubrimos nuestras carencias cuando se trata de navegar entre conceptos que no han sido elaborados y/o asimilados por nuestra propia disciplina. En otros términos: la historia industrial de las regiones históricas o con competencias administrativas desde los años ochenta podría escribirse si dispusiéramos de las fuentes estadísticas suficientes, y en todo caso los empeños realizados en esta dirección, pese a sus limitaciones, comienzan a darnos una imagen cada vez menos deformada de su trayectoria plurisecular²². Cuestión bien distinta, que apenas ha sido objeto de discusión y debate entre nosotros, es la de si más allá de su utilidad para el diseño de políticas regionales por parte de los distintos gobiernos autónomos (algo por demostrar) o de su dimensión académica o erudita, tal forma de proceder es la única correcta; si no sería más adecuado actuar a la inversa; esto es, construir el armazón de la historia industrial regional desde abajo, entendiendo ésta en un marco territorial libre de cualquier tipo de servidumbre, sea ésta administrativa o de carácter histórico.

La tarea es compleja, sobre todo porque exige el inevitable recurso a otras disciplinas científicas y el trasvase de conocimientos y herramientas de análisis, que no siempre encuentran los canales adecuados ni la fluidez aconsejable para ese intercambio. No obstante, la geografía económica, la economía industrial, la economía urbana y por supuesto la economía regional han avanzado en las dos

20. Llopis y Fernández (1997) y (1998).

21. Aunque los ejemplos no son todavía muy numerosos, pueden consultarse. Llopis (1996), Barciela, López y Melgarejo (1998), Manera (1999), Martín Rodríguez (1999a).

22. Remito, en este sentido, a los contenidos «industriales» de las aportaciones incluidas en Germán, Llopis, Maluquer y Zapata, eds. (2001). También, a las comunicaciones presentadas a la sesión del VI Congreso de la Asociación de Historia Económica titulada *La riqueza de las regiones. Análisis espacial de la industrialización* (Gerona, 1997) y a la del VII: *Las cuentas de las regiones. La reconstrucción de series históricas de la contabilidad regional de España (ss. XIX y XX)* (Zaragoza, 2001).

últimas décadas sobre asuntos que los historiadores industriales deberíamos asumir como propios e incorporar en una próxima agenda de investigación²³; asuntos con los que podríamos enriquecer una dedicación temática que tras varias décadas presidida por «las causas del atraso» parece interesada hoy casi exclusivamente por la historia de la empresa, en un movimiento pendular, de lo «macro» a lo «micro» (que puede haberse producido porque, con los planteamientos metodológicos vigentes y las limitaciones estadísticas, la historia industrial regional comenzaba a mostrar rendimientos decrecientes) con el que estamos contribuyendo a olvidar un factor esencial para la comprensión de cualquier realidad histórica: el territorio; una postergación tanto más inexplicable y grave cuanto ha coincidido en el tiempo con la recuperación que del mismo han realizado otras especialidades fronterizas; tanto más cuanto el tema de la concentración geográfica de las actividades productivas (la «localización industrial», si se quiere) es, en sus diferentes versiones, el más cercano a nuestros intereses, y además sobre el que podemos aportar un argumento prácticamente ausente de otros enfoques científicos: el factor tiempo, la importancia de la historia en la conformación de ciudades, distritos, ejes y regiones industriales.

Sin embargo, que la historia está detrás de cualquier proceso de distribución territorial de un determinado proceso productivo es algo tan obvio como escasa ha sido hasta ahora la colaboración entre especialistas de adscripción académica distinta, y más concretamente entre historiadores industriales, geógrafos y economistas²⁴. Quizá porque la atmósfera académica (una expresión de reminiscencias marshallianas) no sea la más adecuada para fomentar la interdisciplinariedad y el intercambio de instrumentos de análisis y reflexión; o bien porque los intereses de cada especialización solapan los más amplios de un objeto de investigación de contornos temáticos no siempre bien definidos, lo cierto es que los historiadores industriales apenas nos hemos interesado en beneficiarnos del impulso experimentado por disciplinas vecinas, luego del retorno de las economías externas marshallianas y de la extensión de las nuevas teorías de crecimiento endógeno, líneas maestras de investigación recuperadas u originadas en universidades norteamericanas y europeas, aunque asimiladas con cierta rapidez por la española.

Así, frente a nuestra paradójica inercia, geógrafos y economistas han manejado en estos últimos años conceptos con un contenido histórico tan acusado como «ventajas naturales», «rendimientos crecientes» y «externalidades», y lo han

23. Las aportaciones de la primera de esas disciplinas se resumen en Ottaviano y Puga (1998). Una visión general en Fujita, Krugman y Venables (2000).

24. Sin embargo, no todos los autores le otorgan la misma importancia. Esta es escasa en el modelo de Vernon Henderson (1985), significativa para Krugman (1991a), en cuanto determina la distribución inicial de los trabajadores entre dos posibles localizaciones y clave en el de Rauch (1993), para quien, después de la Segunda Guerra Mundial, «history affects city-industry location by creating a first-mover disadvantage that can prevent relocation from an old, high cost site to a new, low-cost site», p. 866.

hecho precisamente para explicar y justificar una determinada localización de las actividades industriales; argumentos y procesos exigentes de una perspectiva para la que, al menos a priori, parece mejor dotada la historia. Por lo demás, nos encontramos ante un fenómeno del que no han participado con tanta intensidad otras comunidades científicas, en las que sigue abierto un amplio debate del que la historia no está ausente. En el mismo se mueven autores que prefieren ver en las ventajas comparativas (entendidas en su acepción más amplia, esto es, las derivadas de los recursos naturales, pero también del menor coste de los factores) la fuerza motriz de la concentración²⁵; otros para quienes los factores de localización descansarían en las economías de escala vinculadas a los rendimientos crecientes²⁶ y, en fin, aquellos que apuntan hacia las economías externas (los beneficios de las economías de aglomeración) como elemento clave de la localización industrial²⁷; aunque, en última instancia, al tratarse de procesos dinámicos, materializados en cronologías y territorios diferentes, la mayoría termina admitiendo que la casuística puede ser amplia, y casi siempre participada de más de uno de los factores que acaban de apuntarse²⁸: piénsese que los anteriores argumentos se aplican tanto en paradigmas tecnológicos distintos –sobre todo en la segunda y la tercera revolución industrial– como en la caracterización de espacios industriales de extensión muy variable –ciudades, distritos industriales y ejes territoriales de crecimiento–²⁹.

Se trata de un debate que asimismo ha llegado a nuestro país, pero del que, repito, la historia industrial apenas ha participado³⁰: en cualquier caso, la aplicación de distintos modelos de localización industrial parece confirmar en el caso español la importancia de las externalidades, tanto internas a las propias industrias como aquellas ligadas a las economías de aglomeración (si bien las dos vertientes se manifiestan sobre todo allí donde prima la diversificación sobre la especialización productiva), y en menor medida, según sectores y territorios, también la incidencia de las economías de escala y otras fuentes de crecimiento³¹. Por nuestra parte, conviene que vayamos reflexionando y asimilando este tipo de cuestiones, porque inevitablemente, a medida que incorporemos a nuestros proyectos de investigación la segunda y la tercera revolución tecnológica,

25. Kim (1995), (1998) y (1999); Ellison y Glaeser (1997) y (1999).

26. Krugman (1991b) y (1993), Arthur (1994).

27. Abdel-Rahman y Fujita (1990), Caballero y Lyons (1990), Henderson (1997), Henderson, Kuncoro y Turner (1995).

28. Un resumen sobre esta cuestión, con bibliografía actualizada, en Callejón y Costa (1996) y Caravaca (1998).

29. Los conceptos anteriores se estudian en Henderson (1985) y (1994), Becattini, comp. (1987), Costa (1988), Scott (1988), Pike, Becattini y Sengenberger, comp. (1992), Benko y Lipietz, eds. (1994).

30. Entre las excepciones: Nadal y Tafunell (1992).

31. La bibliografía ya comienza a ser amplia. Vid. entre otros: Auriol y Pajuelo (1988), Auriol y Cuadrado, eds. (1989), Cuadrado (1988) y (1991), Fernández Blanco (1988), Suárez (1992), Velázquez (1993), Goerlich y Orts (1996), Callejón y Costa (1995), Callejón (1997), Pons (1997).

deberemos manejar todo el anterior material conceptual y metodológico; en especial aquellos historiadores industriales que nos movemos en un ámbito preferentemente regional, sea cual sea el sentido final que le demos a este vocablo.

Pero esto será en un futuro que esperemos cercano. Por el momento debemos conformarnos con plantear críticamente lo que hemos realizado hasta ahora y lo que podemos aportar, desde nuestra disciplina, para un mejor conocimiento de la industrialización regional durante el periodo que aquí se trata. Recordemos lo escrito en páginas anteriores, porque de ese resumen general emergen al menos dos cuestiones que, para el caso español y en el estado actual de nuestros conocimientos, quizá estemos ya en condiciones de afrontar: la primera se refiere al carácter histórico de la actual localización industrial; la segunda, a las posibilidades alternativas de mejorar los análisis agregados de la industrialización regional –y con ellos los enfoques comparativos–, para las tres décadas anteriores a la publicación de las primeras Cuentas Regionales. A ambos asuntos dedicaré el resto del artículo. Adelanto que sólo en casos puntuales profundizaré más allá de la mera dimensión regional definida por las actuales comunidades autónomas; sí voy a incorporar, no obstante, aquella investigación propia que nos permita mejorar en la comprensión de las pautas territoriales de la transformación industrial materializadas durante la segunda parte del siglo XX.

El punto de partida: la industrialización regional a mediados del siglo XX. Una historia centenaria

Los avances más recientes de la historiografía industrial europea nos permiten iniciar este apartado apuntando tres conclusiones aplicables en toda su extensión a nuestro país: la primera que la industrialización fue, desde sus inicios a finales del siglo XVIII o comienzos del XIX, un fenómeno territorialmente polarizado y sectorialmente liderado por ramas manufactureras muy concretas; la segunda que, no obstante la existencia de tempranas diferencias regionales y de determinadas industrias líderes, se trató de un proceso de modernización y cambio estructural que afectó prácticamente a todas las regiones y en mayor o menor medida también a todos los subsectores industriales; la tercera, que las regiones que primero se industrializaron siguieron manteniendo, durante todo el siglo XX y hasta nuestros días gran parte de las ventajas adquiridas entonces³².

Más difícil resulta, en el caso español, ponderar adecuadamente las pautas regionales y sectoriales de este fenómeno industrializador. Hasta ahora, la falta de censos y de estadísticas para todo el siglo XIX y los dos primeros tercios del XX ha obligado a los especialistas a utilizar fuentes alternativas como sucedáneo

32. De entre la amplísima bibliografía disponible, pueden consultarse: Hudson, ed. (1987), Pollard (1994).

para la estimación de valores añadidos, y de su distribución territorial y sectorial, de forma que los únicos balances disponibles en estos momentos son aquellos basados en la elaboración de las estadísticas de la contribución industrial (ECI en adelante) —preferentemente para el período que va de 1856 a 1930— y en los cálculos del Banco de Bilbao a partir de 1955³³. Las limitaciones de ambas fuentes han sido ya objeto de discusión y crítica por lo que no insistiré aquí en el asunto³⁴. Sí me interesa recordar, sin embargo, que en el caso de las ECI, su mayor inconveniente para llevar a cabo una adecuada comparación interregional deriva de la ausencia en sus datos de las provincias exentas, Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra, un extremo quizá no excesivamente importante para mediados del siglo XIX, pero decisivo desde el último tercio de esa misma centuria.

En otro lugar he intentado superar parcialmente ese inconveniente mediante la construcción de tres índices regionales de producción industrial —los de Andalucía, Cataluña y el propio País Vasco— que, en el largo plazo, permiten reajustar la participación de las tres zonas en el total del producto español, aportando de esta manera una aproximación sin duda más precisa y por ello ponderada de la localización territorial de las actividades industriales desde mediados del siglo XIX a nuestros días³⁵. Basándose en esas nuevas estimaciones, los cuadros 2 y 3, recogen, para tres cortes de nuestra historia contemporánea (1850, 1900 y 1950) dos tipos de variables especialmente útiles a nuestros propósitos: las aportaciones porcentuales al total del VAB industrial español de las diecisiete comunidades autónomas actuales (cuadro 2) y el indicador habitualmente utilizado para corregir las distorsiones derivadas de los distintos volúmenes demográficos regionales (cuadro 3)³⁶. El interés de las tablas deriva fundamentalmente de la necesidad de insertar el período que aquí estamos analizando en el más amplio del proceso de industrialización —e inherente a él, el de concentración regional— iniciado al menos un siglo antes del arranque del crecimiento económico «desarrollista»; de la convicción de que sin conocer aquel, difícilmente entenderemos éste. Nadal ya lo expresó con acierto hace algunos años en el texto de presentación de esta misma *Revista*, con unas palabras extensibles a la dimensión territorial que aquí nos ocupa³⁷: en última instancia, y si no hay solución de continuidad entre

33. Nadal (1987), Nadal y Carreras, coords., (1990), Sudrià (1996).

34. Martínez Carrión (1992) y (1997), Nadal y Tafunell (1992), Zapata, ed. (1996).

35. Parejo (en prensa).

36. Es este el llamado «índice de intensidad industrial», cociente de dividir el porcentaje demográfico de cada región por su porcentaje aportado al producto industrial nacional.

37. Como escribía entonces: «...los responsables de la publicación compartimos la idea de que el proceso histórico de la industrialización española tiene entidad suficiente para alimentar un venero inagotable de investigaciones y discusiones. Sobre todo si no se limita a los últimos treinta y cinco o cuarenta años, como pretenden algunos, y se acepta que el éxito tardío, reciente, del proceso, que nadie discute, ha llegado como remate o desenlace de una trayectoria largamente secular. Antes del acelerón final, la industrialización española ha seguido un curso dilatado y sinuoso, hecho de avances y retrocesos.» (*Revista de Historia Industrial*, núm 1, 1992, s/p).

las iniciativas previas a la Guerra Civil y las materializadas durante la segunda mitad del novecientos, ello debe implicar que los argumentos esgrimidos desde la geografía económica o la economía urbana para profundizar en la naturaleza de una determinada concentración geográfica de las actividades industriales (los ya citados: ventajas comparativas, las economías de escala o las de aglomeración), resultan igualmente válidos para entender lo ocurrido durante el resto del siglo XX y buena parte de la centuria anterior; también, como demuestra un simple vistazo a los dos cuadros siguientes y una comparación de los mismos con lo que se resumirá en el epígrafe cuatro, que la más reciente distribución territorial de la industria española, hinca sus raíces al menos un siglo atrás (cuadros 2 y 3).

Ambos cuadros precisan algunos comentarios añadidos, por cuanto sus porcentajes discrepan ligeramente de los ofrecidos hace algunos años por Nadal y más recientemente por Sudrià. Una diferencia radica en el hecho de que las tablas anteriores incluyen toda la industria —aunque no la construcción— y no exclusivamente la fabril o manufacturera. Otra más, se refiere al método de elaboración seguido: frente a la utilización exclusiva de las ECI (Nadal) y de éstas y la serie de Renta Nacional del Banco de Bilbao (Sudrià), las aportaciones que aquí se presentan comienzan reflejando los guarismos obtenidos a partir de la construcción de los tres índices de producción industrial ya citados, para reajustar posteriormente la participación de las catorce regiones restantes en el VAB nacional; por lo demás, en los casos de 1850 y 1950, a los porcentajes regionales de partida de las ECI de 1856 y del Banco de Bilbao de 1955, se les ha supuesto una tasa de crecimiento similar para los seis y cinco años que hay de distancia entre las aproximaciones Nadal-Sudrià y la mía.

Estas son las razones por las que ambos cuadros —en los que, no se olvide, por primera vez se incluye la aportación del País Vasco y Navarra en perspectiva histórica comparada— presentan algunas diferencias con respecto a la estructura regional de la industrialización española generalmente aceptada para mediados del XIX a mediados del XX. En primer lugar, una distribución territorial sensiblemente más descentralizada que la resumida por la historiografía industrial para comedios del Ochocientos. En ese momento, el balance entre tradición y modernidad (o, expresado en otros términos, el peso de la industria del interior peninsular frente a la localizada en la periferia) se encontraba todavía menos resuelto a favor de la segunda vertiente de lo que las estadísticas fiscales parecían dar a entender³⁸. Así, ni las iniciativas fabriles andaluzas ligadas a los sectores líderes de la primera industrialización³⁹, ni aún el textil catalán, pese a sus indudables avances de las dos décadas anteriores⁴⁰, bastaban para compensar el

38. Según las ECI de 1856, sólo dos regiones, Cataluña y Andalucía, absorbían el 49,62% de todo el producto fabril español en esa fecha. Vid. Nadal (1987).

39. Parejo y Sánchez Picón, eds. (1999).

40. Maluquer (1994a).

CUADRO 2
ESTRUCTURA REGIONAL DE LA INDUSTRIALIZACIÓN ESPAÑOLA:
% SOBRE EL VAB INDUSTRIAL DE ESPAÑA, 1850-1950.
 (Entre paréntesis la posición ocupada en cada observación por la industria de la región correspondiente)

	1850	1900	1950	1850-1950
Andalucía	17,91 (2)	17,24 (2)	10,24 (4)	-7,67
Aragón	4,51 (8)	2,68 (9)	3,86 (9)	-0,65
Asturias	2,83 (11)	2,86 (8)	4,96 (7)	2,13
Baleares	1,78 (13)	0,79 (16)	1,85 (12)	0,07
Canarias	0,38 (17)	0,26 (17)	1,18 (16)	0,80
Cantabria	2,98 (10)	1,31 (13)	2,46 (11)	-0,52
Castilla-León	14,19 (3)	5,46 (5)	6,34 (6)	-7,85
Castilla-La Mancha	6,98 (4)	4,11 (7)	2,93 (10)	-4,05
Cataluña	21,50 (1)	30,62 (1)	23,64 (1)	2,14
Comunidad Valenciana	6,49 (6)	7,28 (4)	10,97 (3)	4,48
Extremadura	4,52 (7)	2,01 (11)	1,51 (15)	-3,01
Galicia	6,82 (5)	2,48 (10)	4,26 (8)	-2,56
Madrid	3,01 (9)	4,33 (6)	8,86 (5)	5,85
Murcia	2,97 (12)	1,58 (12)	1,61 (13)	-1,36
Navarra	0,81 (16)	1,30 (14)	1,51 (14)	0,70
Pais Vasco	0,97 (15)	14,93 (3)	13,08 (2)	12,11
La Rioja	1,35 (14)	0,86 (15)	1,00 (17)	-0,35
España	100	100	100	

Fuente: ECI. Parejo (en prensa).

peso de especialidades de tradición artesanal como las conservas o los curtidos gallegos⁴¹, la pañería dispersa castellano-leonesa⁴² y, en todas las regiones, el decisivo peso de un sector agroalimentario dominado todavía por la molienda más tradicional⁴³.

La gran transformación tuvo lugar a partir de ese momento, y además se materializó con extraordinaria rapidez, en un proceso condicionado sin duda por la progresiva catalanización del textil y por la espectacular irrupción del País Vasco en el panorama industrializador español. No es este el lugar para escribir sobre las causas y los plazos de este doble fenómeno de concentración regional, que ahora las fuentes manejadas ayudan a fijar con bastante más exactitud, aunque quizá sí merecería la pena recordar que las dos regiones alcanzaron tal posición gracias al desarrollo de una determinada especialización productiva y con ella al desarrollo de dos modelos industriales netamente diferentes: uno, el catalán, basado en las

41. Carmona (1990) y (2001).

42. García Colmenares (1996).

43. Nadal (1987), Moreno Lázaro (1996), Pérez Picazo y Martínez Carrión (2001).

CUADRO 3
ÍNDICES REGIONALES DE INTENSIDAD INDUSTRIAL, 1850-1950
 (En negrita las regiones situadas por encima de la media española)

	1850	1900	1950	1850-1950
Andalucía	0,94 (9)	0,90 (4)	0,51 (13)	-0,43
Aragón	0,79 (13)	0,54 (11)	0,87 (10)	0,08
Asturias	0,83 (11)	0,84 (8)	1,56 (4)	0,73
Baleares	1,04 (6)	0,46 (13)	1,23 (7)	0,19
Canarias	0,25 (17)	0,13 (17)	0,41 (15)	0,16
Cantabria	2,15 (1)	0,87 (5)	1,70 (3)	-0,45
Castilla-León	1,05 (5)	0,44 (14)	0,62 (11)	-0,43
Castilla-La Mancha	0,89 (10)	0,63 (10)	0,40 (16)	-0,49
Cataluña	2,01 (2)	3,00 (2)	2,04 (2)	0,03
Comunidad Valenciana	0,80 (12)	0,85 (7)	1,33 (5)	0,53
Extremadura	0,98 (7)	0,43 (15)	0,21 (17)	-0,77
Galicia	0,46 (14)	0,24 (16)	0,46 (14)	0
Madrid	0,97 (8)	0,97 (3)	1,27 (6)	0,30
Murcia	1,20 (3)	0,51 (12)	0,59 (12)	0,61
Navarra	0,42 (15)	0,80 (7)	1,10 (9)	0,68
País Vasco	0,36 (16)	4,91 (1)	3,45 (1)	3,09
La Rioja	1,20 (4)	0,86 (6)	1,22 (8)	0,02
España	1	1	1	
Varianza	0,18	1,33	0,79	

Fuente: Id. a cuadro 2.

industrias de bienes de consumo y preferentemente en el textil; otro, el vasco, dominado por las de bienes intermedios y de inversión, claramente sesgado hacia la extracción y transformación del hierro⁴⁴. Como comprobaremos más adelante, esa dependencia –que alcanzó en ambos territorios porcentajes situados entre el 70 y el 80 % de todo el producto industrial regional– marcaría la trayectoria modernizadora de ambas zonas durante buena parte del siglo XX.

En cualquier caso, me interesa destacar sobre todo que a finales del Ochocientos puede darse por concluido el proceso de concentración regional de la industria española iniciado medio siglo antes: en 1900 sólo el País Vasco y Cataluña presentaban índices positivos de industrialización –bastante superiores a la unidad, sobre todo en el caso del primero–, lo que traducido en porcentajes de participación en el VAB significaba que entre ambas regiones agrupaban casi la mitad de toda la industria española en aquellos momentos, cuando apenas suponían el 8 % de la superficie y el 14 % de la población. A esas alturas las dos eran ya las fábricas de una España que estaba presenciando la progresiva desin-

44. Carreras (1990b), Escudero (1998).

dustrialización de las restantes regiones, incapaces, en tal coyuntura, de modernizar sus estructuras productivas o adaptarse a las exigencias que comenzaba a dictar un mercado crecientemente integrado. La abrumadora distancia alcanzada por ambas a esas alturas explica que la varianza pasase en la segunda parte del siglo XIX de 0,18 nada menos que a 1,33⁴⁵.

El proceso no fue, sin embargo, irreversible en todos los casos: durante la primera mitad del siglo XX, y a medida que se iban extendiendo los presupuestos del nuevo paradigma tecnológico, el mapa industrial español se descentraliza de manera ostensible (la varianza vuelve a reducirse hasta situarse en 1950 en 0,79); de tal manera que aunque el País Vasco y Cataluña siguen ostentando las primeras plazas, otras regiones comienzan a manifestar síntomas indudables de adaptación a los parámetros de la Segunda Revolución Industrial: en la mitad del siglo XX son ya nueve las regiones que presentan índices de industrialización superiores a la media española; todas ellas, a excepción de la atipicidad madrileña, situadas en la periferia, sobre todo en la septentrional. Paralelamente, entre 1900 y 1950 la secuencia desindustrializadora camina, incrementándose, de norte a sur: Andalucía, Castilla la Mancha y Extremadura, se convierten entonces en casos casi irrecuperables, mientras que, aún sin alcanzar la paridad entre aportación industrial y demográfica, Castilla-León, Aragón o Galicia mejoran ligeramente sus posiciones; una trayectoria todavía más positiva en los casos de las cuatro regiones uniprovinciales: Asturias, Cantabria, Navarra o la Rioja⁴⁶.

En resumen, los datos recogidos en las dos tablas confirman algunos de los extremos ya apuntados por la historiografía industrial sobre el carácter polarizado del crecimiento económico español contemporáneo –en un período en el que no caben dudas sobre la identificación de éste con industrialización–, si bien paralelamente precisan de manera mucho más ajustada los términos de esa polarización al incluir por vez primera al País Vasco y Navarra en perspectiva histórica. La secuencia es, por lo demás, conocida: cronológicamente, Cataluña fue la primera región española en industrializarse, seguida varias décadas más tarde por el País Vasco y en menor medida por Madrid y Valencia. En conjunto y en el largo plazo (1850-1950) son ocho las regiones que ganan en capacidad industrial tanto en términos absolutos como «per capita» (además de las cuatro ya citadas, Asturias, Navarra y los dos archipiélagos), siete las que pierden en ambos tipos de aproximaciones (por este orden: Castilla-León, Andalucía, Castilla la Mancha, Extremadura, Murcia, Cantabria y Galicia), mientras que las dos restantes –Aragón y La Rioja– mejoran algo en términos «per capita», aunque empeoran en sus porcentajes globales sobre el valor añadido industrial español.

45. Aproximaciones recientes, realizadas en trabajos aún inéditos, confirman este proceso de concentración: Tirado, Paluzie, Pons (inédito a) e (inédito b); Rosés (inédito).

46. Sobre los procesos de diversificación y especialización y los cambios en la localización industrial durante el primer tercio del siglo XX, vid. Betrán (1999).

La industrialización de las regiones españolas: una visión de conjunto para la segunda mitad del siglo XX

El carácter eminentemente descriptivo del apartado anterior nos ha servido para conocer los cambios experimentados en la distribución regional de la industria española en los cien años anteriores al período que estamos tratando. En las páginas que vienen me dispongo a ampliar similares estimaciones a la segunda parte del siglo XX, al tiempo que a incluir otras variables que, amén de fijar las pautas territoriales de la actividad industrial española entre 1950 y 2000, nos permitan establecer los plazos y la intensidad con que en las distintas comunidades autónomas se ha materializado, en estos últimos cincuenta años, la triple secuencia –industrialización, desindustrialización, nueva industrialización– comentada en la introducción de este trabajo.

Entre las variables utilizadas aprovecharé aquellas que se derivan de investigaciones propias, y en concreto de la construcción de tres índices anuales de producción industrial (IPI en adelante), de carácter regional, aún inéditos: Cataluña (IPICA), País Vasco (PIVA) y Andalucía (PIAN). Intento así completar los datos estadísticos oficiales y liberar al texto de su excesivo tono descriptivo, aportando alternativamente más reflexión y análisis crítico; menos interrogantes y alguna que otra respuesta. También, reconozco, me anima el empeño de ofrecer una alternativa metodológica –cuya validez deberán contrastar futuras investigaciones– a aquella que puede aplicarse partiendo de una documentación pública tardía, fragmentaria, escasa y no excesivamente fiable.

Aunque la opción IPI no es novedosa, si lo son su cronología y su aspiración comparativa⁴⁷. Por lo demás, soy consciente de que se trata de un camino limitado –en todo caso, susceptible, al menos para este período, de ampliar a otras regiones–, pero de una cierta relevancia en cuanto a las características de las regiones estudiadas: no debemos olvidar que entre las tres representan territorial y demográficamente porcentajes elevados sobre el total nacional (en conjunto, un 35 % de la superficie española y alrededor de un 40 % de su población) y por supuesto aportaciones al VAB y al empleo industrial no desdeñables (entre el 45 % y el 50 % de todo el producto nacional). Su diversa trayectoria secular abunda además sobre la existencia de tres modelos regionales de industrialización que asimismo pueden ser objeto de un análisis más pormenorizado a partir de este enfoque metodológico.

47. Desde Carreras (1983) para el conjunto español –con ligeros retoques en Carreras (1990a) y (1992)– a Carreras (1985) para Cataluña y el País Vasco, Maluquer (1994b) para Cataluña y Parejo (1995) y (1997) para Andalucía. Ligeras correcciones al índice nacional de Carreras en Morella (1992) y Prados (1995). Desde estimaciones físicas distintas, pero por primera vez de carácter regional y provincial en Llopis y Fernández (1997) y (1998) Las posibilidades de este tipo de aproximación metodológica han sido resumidas y comentadas recientemente por Coll y Guijarro (1998), especialmente en las páginas 173 a 182.

Pero eso será un poco más adelante. Por el momento me centraré en los datos oficiales y el análisis comparativo entre las diecisiete comunidades autónomas actuales. Para ello pueden consultarse los porcentajes recogidos en los cuadros 4 y 5, donde se ofrece un planteamiento similar al adoptado en las dos tablas anteriores, aunque en esta ocasión para seis cortes decenales situados entre 1950 (aquí el año de partida) y 2000; a continuación, y manteniendo las mismas observaciones, el 6 presenta datos sobre productividad aparente del trabajo (VAB industrial por empleado).

La nueva batería de datos ofrecida en las tablas anteriores permite puntualizar algunos extremos de interés. En cuanto a la distribución porcentual del VAB y del empleo industrial, la estabilidad parece la nota dominante, de forma que no se producen modificaciones importantes en el reparto territorial de la actividad productiva analizada y de la mano de obra, aunque sí ligeras pérdidas y ganancias que conviene comentar. Las segundas afectan a diez regiones en el caso del producto y a nueve en el del factor trabajo. Por lo demás, se trata de territorios muy distintos y distantes entre sí: los que más incrementan su participación relativa en el VAB industrial nacional son, por este orden, Madrid y Cataluña, esto es, y con referencia exclusiva al limitado proceso industrializador español, respectivamente un *late comer* y un *early started*. El liderazgo catalán, alcanzado ya en 1850, llega potenciado, luego de atravesar coyunturas y paradigmas tecnológicos diversos, a finales del siglo XX⁴⁸; el madrileño se consigue gracias sobre todo a las rentas de situación de la capital⁴⁹. Tras ellas se sitúan dos regiones relativamente poco industrializadas a mediados del siglo XX –Galicia y Navarra–, seguidas de otras cinco que experimentan avances escasamente significativos –Canarias, Castilla-La Mancha, Murcia, Aragón y La Rioja– y que en cualquier caso generan un porcentaje muy reducido del VAB industrial nacional. A excepción de la atipicidad catalana –la única zona que gana porcentajes en el VAB español en estos últimos cincuenta años pero los pierde en mano de obra– todas las demás citadas muestran similares incrementos del número de ocupados en relación con el conjunto español.

Igual de diversa es la tipología entre las que pierden posiciones en el medio siglo analizado. Al margen de Cataluña en el caso del empleo, los dos ejemplos más llamativos ocurren en el norte peninsular y corresponden a regiones protagonistas del desarrollo industrial decimonónico –País Vasco y Asturias–, aunque en el otro extremo de la península también cabe destacar la singularidad andaluza, otra de las protagonistas del primer impulso modernizador español. En los tres ejemplos, y desde las postrimerías del siglo XX, el término «desindustrialización» quizá defina más ajustadamente que ningún otro lo ocurrido en las últi-

48. Maluquer (2001a).

49. García Delgado (1990), García Delgado y Carrera (2001).

CUADRO 4
ESTRUCTURA REGIONAL DE LA INDUSTRIALIZACIÓN ESPAÑOLA:
% SOBRE EL VAB (a) Y EL EMPLEO INDUSTRIAL (b) DE ESPAÑA, 1950-2000

	1950a	1950b	1960a	1960b	1970a	1970b	1980a	1980b	1990a	1990b	2000a	2000b	1950-2000a	1950-2000b
Andalucía	10,24	12,28	8,24	11,81	7,98	10,66	8,74	8,19	8,41	9,90	8,23	9,35	-2,01	-2,93
Aragón	3,86	3,22	3,83	3,05	3,65	3,26	3,78	3,22	4,14	3,64	4,07	3,67	0,21	0,45
Asturias	4,96	4,73	5,26	4,67	4,78	3,67	4,16	3,65	3,63	2,77	2,52	2,20	-2,44	-2,53
Baleares	1,85	2,15	1,89	1,74	1,35	1,29	0,82	1,42	1,16	1,38	1,02	1,14	-0,83	-1,01
Canarias	1,18	1,44	1,88	1,44	1,43	1,41	1,23	1,62	1,73	1,44	1,76	1,58	0,58	0,14
Cantabria	2,46	1,95	2,58	1,85	2,21	1,69	1,74	1,52	1,26	1,30	1,36	1,24	-1,10	-0,71
Castilla-León	6,34	5,85	6,44	5,24	5,51	5,22	6,66	5,17	6,15	5,78	6,27	5,49	-0,07	-0,36
Castilla-La Mancha	2,93	3,60	2,91	3,21	2,84	2,84	2,98	2,94	2,32	4,14	3,39	4,32	0,46	0,72
Cataluña	23,64	28,01	24,52	26,80	26,01	26,52	24,98	25,60	26,45	25,62	26,14	24,86	2,50	-3,15
Comunidad Valenciana	9,33	9,58	9,55	10,28	9,63	11,19	9,99	12,89	11,27	12,22	10,36	14,05	1,03	4,47
Extremadura	1,51	1,75	1,08	1,70	1,02	1,27	0,89	1,00	1,34	1,13	0,79	0,95	-0,72	-0,80
Galicia	4,26	5,09	4,66	5,05	4,48	4,93	5,34	5,67	5,44	5,38	5,45	6,17	1,19	1,08
Madrid	8,86	7,69	10,49	9,19	11,76	11,93	11,13	11,98	11,96	11,27	13,55	11,13	4,69	3,44
Murcia	1,61	1,86	2,04	2,41	2,12	1,87	2,06	2,15	1,91	2,34	2,01	2,62	0,40	0,76
Navarra	1,51	1,12	1,78	1,07	2,19	1,73	2,28	1,89	2,05	2,05	2,74	2,44	1,23	1,32
País Vasco	13,08	8,85	11,09	9,07	11,82	9,72	11,98	10,01	8,85	8,40	9,12	7,57	-3,96	-1,28
La Rioja	1,00	0,77	1,02	0,79	0,97	0,84	1,08	1,01	0,84	1,00	1,10	1,08	0,10	0,31
España	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100		

Fuente: 1950 a 1970, Parejo (en prensa) e INE (varios años). 1980 a 2000: *Contabilidad Regional de España*.

CUADRO 5

ÍNDICES REGIONALES DE INTENSIDAD INDUSTRIAL, 1950-2000
 VAB INDUSTRIAL POR HABITANTE EN RELACIÓN AL TOTAL NACIONAL
 (ESPAÑA = 1)

(Entre paréntesis, la posición ocupada en cada observación por la industria de la región correspondiente; en negrita, las regiones situadas por encima de la media española)

	1950	1960	1970	1980	1990	2000	1950-2000
Andalucía	0,51 (13)	0,42 (16)	0,45 (15)	0,51 (13)	0,47 (16)	0,45 (15)	-0,06
Aragón	0,87 (10)	1,05 (10)	1,07 (7)	1,17 (7)	1,38 (5)	1,36 (4)	0,49
Asturias	1,56 (4)	1,61 (4)	1,55 (4)	1,39 (5)	1,29 (6)	0,91 (10)	-0,65
Baleares	1,23 (6)	1,30 (7)	0,82 (11)	0,45 (15)	0,64 (14)	0,53 (14)	-0,70
Canarias	0,41 (15)	0,60 (13)	0,41 (16)	0,32 (16)	0,46 (17)	0,43 (16)	0,02
Cantabria	1,70 (3)	1,82 (3)	1,60 (3)	1,27 (6)	0,96 (8)	1,03 (7)	-0,67
Castilla-León	0,62 (11)	0,69 (12)	0,71 (12)	0,97 (9)	0,93 (10)	0,78 (12)	0,16
Castilla-La Mancha	0,40 (16)	0,45 (15)	0,56 (14)	0,46 (14)	0,77 (11)	0,99 (9)	0,59
Cataluña	2,04 (2)	1,90 (2)	1,54 (5)	1,57 (4)	1,68 (1)	1,70 (3)	-0,34
Comunidad Valenciana	1,12 (8)	1,17 (9)	1,06 (8)	1,03 (8)	1,14 (7)	1,02 (8)	-0,31
Extremadura	0,21 (17)	0,24 (17)	0,30 (17)	0,32 (17)	0,49 (15)	0,29 (17)	0,08
Galicia	0,46 (14)	0,54 (14)	0,58 (13)	0,73 (12)	0,76 (12)	0,78 (11)	0,32
Madrid	1,27 (5)	1,22 (8)	1,05 (9)	0,88 (10)	0,93 (9)	1,07 (6)	-0,20
Murcia	0,59 (12)	0,78 (11)	0,86 (10)	0,81 (11)	0,70 (13)	0,72 (13)	0,13
Navarra	1,10 (9)	1,35 (6)	1,59 (7)	1,69 (2)	1,58 (3)	2,09 (1)	0,99
País Vasco	3,45 (1)	2,46 (1)	2,13 (1)	1,95 (1)	1,63 (2)	1,72 (2)	-1,73
La Rioja	1,22 (7)	1,36 (5)	1,38 (6)	1,61 (3)	1,40 (4)	1,25 (5)	0,03
España	1	1	1	1	1	1	
Varianza	0,79	0,42	0,41	0,25	0,17	0,24	

Fuente: Id. a cuadro 4.

mas décadas. No obstante, mientras en el sur lo que se produce es una acentuación del deterioro iniciado hacia 1930⁵⁰, en el norte se trata de un fenómeno mucho más reciente: de la década de los setenta en el principado⁵¹ y de la de los ochenta en Euskadi⁵². La lista de los territorios que pierden posiciones la completan, ya en términos poco significativos, Cantabria, Baleares, Extremadura, Valencia y Castilla-León⁵³.

El corrector demográfico (tabla 5) impone algunas novedades a la anterior descripción, debido sobre todo a la intensidad de los movimientos migratorios característicos de la segunda mitad del siglo XX. Ello explica que entre las regiones que mejoran su posición inicial se encuentren algunas de las menos indus-

50. Parejo (1997), Bernal y Parejo (2001).

51. Vázquez (1994), Köhler (1996), Ojeda (2001).

52. Etxeberria (1990), Fernández de Pinedo (2001).

53. Sobre estas regiones, vid. Domínguez y Pérez (2001), Manera (2001), Llopi y Zapata (2001), Palafox (2001), Moreno Lázaro (2001).

CUADRO 6

PRODUCTIVIDAD APARENTE DEL TRABAJO EN LAS REGIONES ESPAÑOLAS,
1950-2000. VAB INDUSTRIAL POR EMPLEADO EN RELACIÓN A LA MEDIA NACIONAL
(España = 100)

	1950	1960	1970	1980	1990	2000
Andalucía	83,35	69,70	74,80	110,98	90,62	88,03
Aragón	125,65	125,55	110,84	108,33	110,79	110,93
Asturias	104,80	112,66	130,27	113,92	124,56	114,44
Baleares	86,01	108,63	104,14	62,51	72,31	89,48
Canarias	81,75	130,58	101,36	79,21	97,22	111,28
Cantabria	127,46	124,39	130,83	117,54	108,34	109,77
Castilla-León	108,24	122,76	105,53	121,37	110,45	114,27
Castilla-La Mancha	81,32	90,54	99,77	101,93	89,63	78,38
Cataluña	84,40	91,50	98,06	90,63	96,79	104,60
Comunidad Valenciana	104,99	92,94	86,22	76,00	86,33	73,77
Extremadura	87,09	63,46	80,93	74,13	110,95	83,33
Galicia	83,64	92,23	90,78	91,25	91,50	88,22
Madrid	115,09	114,06	98,55	95,79	113,81	121,73
Murcia	86,55	84,57	113,44	94,63	86,62	76,96
Navarra	134,83	122,77	126,18	118,85	119,46	112,43
País Vasco	147,70	122,30	121,59	120,74	115,86	120,47
La Rioja	129,35	128,47	115,26	104,47	97,02	101,37
España	100	100	100	100	100	100

Fuente: Id. a cuadro 4 y Censos de Población.

trializadas como Extremadura, Castilla-León y Castilla-La Mancha, y entre las que la empeoran, varias de las receptoras de mano de obra como Cataluña, Valencia, Madrid o el País Vasco. Por lo demás, esta transferencia de factor trabajo supone que la desconcentración industrial iniciada con la centuria se acentúe especialmente en esta etapa, al menos hasta 1990, cuando la varianza llega a situarse en 0,17, aunque este proceso de convergencia, que parece haber remitido en esta última década, apenas beneficie a las zonas menos industrializadas del país. El término «per capita», el País Vasco pierde su primera posición en provecho de una región vecina —Navarra— y Asturias la cuarta plaza a favor de Aragón; ambas se convierten en las regiones más beneficiadas en este ligero proceso de reubicación industrial, que también afecta positivamente a Castilla-La Mancha, Galicia, Murcia y la Rioja, si bien de las cuatro sólo esta última presenta en estos momentos un cociente de intensidad industrial superior a la media española.

Por su parte, el resumen del cuadro 6 (VAB industrial por empleado) difícilmente puede ir más allá de aportar cuestiones meramente descriptivas, que no avanzan gran cosa sobre la relación entre productividad aparente del trabajo e

intensidad industrial –un extremo ya apuntado por Enrique Llopis y Rafael Fernández para los años del desarrollismo– y que por tal razón lo invalidan prácticamente como indicador de la competitividad industrial de las regiones. Sólo un análisis más pormenorizado del que aquí se puede llevar a cabo, que tuviese en cuenta los cambios sectoriales experimentados a lo largo del periodo estudiado –sobre todo la especialización hacia subsectores de alto contenido tecnológico–, las transferencias de factor trabajo entre regiones o la propia productividad del capital nos ayudaría a comprender situaciones tan aparentemente paradójicas como la presencia en un mismo grupo de regiones (las de mayor productividad del trabajo en relación a la media española) de Aragón, Asturias, Cantabria, Castilla-León y el País Vasco, y en otro distinto –el de productividad inferior al conjunto nacional– de Galicia, Extremadura, Andalucía, Cataluña, Valencia y Murcia.

En fin, de nuevo con relación a las tres tablas precedentes, un par de matizaciones deben alertar sobre lo inadecuado de identificar, en todos los casos, desindustrialización con atraso (la experiencia insular resulta especialmente ilustrativa a este respecto)⁵⁴ y en torno al carácter relativo de todas las estimaciones precedentes en las que los mayores o menores niveles de industrialización se refieren exclusivamente al comportamiento de la media nacional.

Esta última advertencia puede expresarse en otros términos; a saber: los cuadros anteriores permiten precisar algunas cuestiones referentes a la secuencia industrializadora regional con respecto al conjunto del país en el último medio siglo, pero no aportan nada o muy poco sobre asuntos que en un trabajo como el presente resulta obligado contemplar: de un lado, aquellos que competen al porcentaje que en cada región representa el sector secundario sobre el conjunto de sus actividades productivas, así como a análisis comparativos de carácter intrarregional, fundamentalmente los cambios de localización materializados en regiones no uniprovinciales (las fuentes utilizadas no permiten otro nivel de desagregación más allá de la provincia); de otro, los que tienen que ver con aspectos tales como la caracterización de ciclos industriales y la distribución sectorial del producto.

Para suplir estas carencias, retomaré de nuevo las variables empleadas en el cuadro 1 (donde se resumían las características fundamentales de crecimiento, cambio y reestructuración sectorial de la industria española). En lo que se refiere a las cuestiones citadas en primer lugar (porcentajes de empleo y VAB sobre población ocupada y PIB regional; localización de las actividades industriales) extenderé el análisis a las diecisiete comunidades autónomas; por lo que respecta a la estructura interna del producto industrial y a las pautas anuales de crecimiento de la producción me limitaré a seleccionar tres de ellas –Andalucía, Cataluña y el País Vasco, comparando sus respectivos índices de producción industrial– en

54. Macías (2001), Manera (2001).

torno a cuya singularidad ya he aludido con reiteración. Entre una y otra aproximación me detendré en dos cuestiones puntuales, sin duda merecedoras de un análisis más detallado del que aquí puedo llevar a cabo: de un lado, se trata de plantear una alternativa metodológica menos restrictiva en lo que se refiere a la consideración de las actividades industriales; de otro, de descender desde la dimensión exclusivamente regional (autonómica) a otra territorialmente más restringida pero quizá por ello más adecuada para detectar procesos de industrialización.

Comenzaré por el primer grupo de asuntos. La tabla 7 muestra, para las seis fechas seleccionadas de la segunda mitad del siglo XX, el peso industrial, en términos de empleo y valor añadido, sobre el total de cada uno de los diecisiete productos regionales.

Recuerdo que en este mismo período y a nivel nacional la aportación porcentual de VAB y empleo dibujaba una U invertida, con máximos entre 1960 y 1980. Pues bien, a grandes rasgos el comportamiento regional también parece ajustarse a esta evolución —en los últimos años la mayoría de las comunidades autónomas han perdido empleo industrial y experimentado un descenso generalizado del valor añadido generado por manufacturas y sector energético— si bien los casos particulares, definidos por los distintos niveles de partida pero también por la existencia de estructuras industriales muy distintas, volcadas hacia la especialización o la diversificación, merecen un análisis singularizado. En última instancia lo que ocurre es que a la generalizada «desindustrialización» actual se llega desde posiciones de partida muy distintas. Así, mientras que las regiones más industrializadas en 1950 (País Vasco, Cataluña, Asturias o Cantabria) sólo consiguen elevar ligeramente en las dos décadas siguientes sus porcentajes de VAB y empleo industrial, las que se situaban en torno o por debajo de la media española a mediados de siglo experimentan desde entonces, en función casi siempre de sus niveles iniciales de atraso, incrementos más significativos en las dos variables analizadas, aunque por supuesto insuficientes para considerarlas en algún momento como regiones industrializadas: Andalucía, Extremadura, Canarias o Murcia apenas rozan el 20 % en la mejor de sus observaciones —salvo la experiencia murciana de 1970—. Mención aparte merecen aquellas zonas fundamentalmente agrarias a mediados del siglo XX, pero que en estos últimos cincuenta años no han dejado de incrementar el peso de sus respectivos sectores secundarios, hasta el punto de que los últimos datos disponibles —los de 1998— siguen confirmando incrementos porcentuales para su VAB y su empleo industrial: son, por este orden, Navarra, La Rioja, Aragón, Castilla-León y Castilla-La Mancha y Galicia⁵⁵.

55. Sobre la trayectoria industrial más reciente —con especial incidencia en los años sesenta y setenta— de las regiones citadas, pueden consultarse los siguientes trabajos: para Navarra, Cámara y Huerta (1986) y Arizkun (2001); La Rioja, Navarro (1988) y Moreno Fernández (2001); Aragón: Climent y Alonso (1995) y Germán (2001); Castilla-León: Manero (1985) y Moreno Lázaro (2001); Castilla La Mancha: Pardo (1996) y Dobado y López (2001); Galicia: Ares (1992), Vence (1998) y Carmona (2001).

CUADRO 7
VAB INDUSTRIAL C/F A PRECIOS CORRIENTES (A) Y EMPLEO INDUSTRIAL (B).
 (Porcentajes sobre total del VAB y del empleo regional y porcentajes nacionales)

	1950a	1950b	1960a	1960b	1970a	1970b	1980a	1980b	1990a	1990b	2000a	2000b
Aadaluçia	14,24	13,30	21,02	15,17	21,41	18,33	20,20	16,55	17,37	15,61	14,58	13,00
Aragón	23,56	15,64	28,32	18,67	29,89	26,28	30,65	25,99	30,72	25,56	28,99	22,38
Asturias	34,48	28,45	42,98	31,42	43,34	34,14	42,68	29,06	33,98	22,86	24,21	17,73
Baleares	24,26	26,14	25,26	23,17	15,11	21,74	12,51	18,76	11,63	15,85	10,28	10,66
Canarias	12,77	11,32	18,81	11,67	14,91	12,58	11,74	10,90	10,10	9,34	10,59	7,86
Cantabria	33,88	27,37	40,49	27,88	38,57	32,09	35,33	24,32	27,84	23,22	25,04	19,61
Castilla-León	17,87	9,76	31,13	13,59	24,82	18,66	27,99	20,47	28,33	19,85	24,96	17,43
Castilla-La Mancha.	16,60	10,85	20,37	11,96	23,72	16,82	24,22	20,21	26,59	22,65	21,83	20,56
Cataluña	39,21	40,33	44,17	41,59	41,81	43,42	39,34	38,80	34,46	33,31	31,65	27,44
Comunidad Valenciana	26,23	23,79	30,29	27,50	31,55	33,08	29,76	32,82	28,31	27,68	25,15	26,05
Extremadura	8,02	7,85	11,72	9,2	14,72	11,03	12,53	11,74	17,48	10,80	10,79	8,63
Galicia	13,93	9,43	21,94	11,04	24,49	14,53	24,09	15,92	23,66	15,36	22,99	16,89
Madrid	18,65	21,57	24,70	23,36	25,01	28,66	23,55	25,56	21,49	19,92	18,02	15,04
Murcia	18,70	14,60	26,84	21,29	29,31	22,93	26,59	24,00	21,41	21,38	20,13	18,72
Navarra	19,23	15,80	27,77	18,46	37,07	33,33	39,22	36,05	38,92	32,24	36,01	30,31
Pais Vasco	44,50	46,52	48,55	45,20	49,05	47,74	49,03	42,94	39,33	34,27	33,04	27,71
La Rioja	25,13	19,05	30,34	23,59	30,28	32,10	38,24	35,95	34,10	32,11	33,62	29,34
España	23,45	19,77	30,90	22,27	30,89	27,14	30,21	26,37	26,25	22,92	23,14	19,51

Fuente: Id. a cuadro 4.

Por lo demás, el cuadro anterior permite distinguir dos etapas en cuanto a la identificación de aquellas regiones en las que el VAB y el empleo industrial representan los porcentajes más elevados y los más reducidos sobre el total del producto y el empleo regional (en otras palabras, las más y menos industrializadas entre todas las españolas). Así, tanto las cuatro que se citaron más arriba entre las primeras –recuérdese: País Vasco, Cataluña, Asturias y Cantabria– como las que, en el otro extremo, disponían a mediados de siglo de unos niveles de industrialización más reducidos (Extremadura, Galicia, Canarias, Andalucía y Castilla la Mancha), mantienen sus posiciones durante la recuperación de los años cincuenta y la expansión de la década y media posterior, de forma que el desarrollismo franquista no hace sino sancionar, en lo que al sector secundario se refiere, la disposición secular de nuestro modelo industrializador regional. Los cambios territoriales tiene lugar, así, en las dos décadas siguientes. Es entonces cuando Cantabria y Asturias desaparecen de los primeros lugares y también cuando Cataluña y el País Vasco retroceden en beneficio de dos nuevas regiones industrializadas: Navarra y La Rioja. A la postre, esta reordenación espacial ha terminado agrupando las regiones en las que la industria aporta los valores añadidos más elevados y ocupa un mayor porcentaje de activos en el área nororiental de la península, en torno al valle del Ebro, de norte a este: País Vasco, Navarra, La Rioja, Aragón y Cataluña⁵⁶.

En el otro extremo, el listado de las regiones menos industrializadas no está encabezado ahora, como en los cincuenta o los sesenta, por las más pobres, sino, al contrario, por las que más han avanzado en la terciarización de sus actividades productivas: regiones especializadas en el turismo como Baleares y Canarias; sólo Extremadura y Andalucía –en este último caso con matices debido a la participación turística de algunas de sus provincias– siguen mostrando su incapacidad para encontrar en la industria la alternativa capaz de liberarlas de los últimos puestos en los niveles de renta «per capita» (en 1998 ambas ocupaban, respectivamente, el penúltimo y el último lugar de las diecisiete comunidades autónomas españolas, con porcentajes del 72,5 % y el 71,8 % sobre la media nacional)⁵⁷.

De lo recorrido hasta ahora en el presente epígrafe quizá quepa concluir que en la España de la segunda mitad del siglo XX –en sus regiones administrativas– se han superado los dos primeros capítulos de la secuencia modernizadora reflejada en el título de este trabajo –industrialización y desindustrialización– pero apenas existen datos que permitan concluir que una o varias de las diecisiete comunidades autónomas se encuentran ya en el tercero. ¿Qué hay, pues, de la

56. Un resumen sobre la estructura industrial del Valle del Ebro (Navarra, La Rioja y Aragón) en los años ochenta en Huerta (1992).

57. Banco Bilbao Vizcaya (1999). Para la industria extremeña pueden consultarse la práctica totalidad de los trabajos incluidos en Zapata, ed. (1996), así como Myro (1997b) y Llopis y Zapata (2001); para la andaluza, Auriolles y Villena (1991), Pajuelo y Villena (1993).

nueva industrialización? Desde luego, si ésta la entendemos exclusivamente en términos de aportación al VAB y de absorción de empleo, lo cierto es que, como observamos en el cuadro 7, ninguna región recupera posiciones en la última década, aunque en algunas de las más industrializadas –Cataluña, La Rioja o el País Vasco– la pérdida es menor que la experimentada entre las dos observaciones precedentes. Lo que sucede es que, como apunté al comienzo de estas páginas, el término puede utilizarse en un sentido más amplio, considerando también aquella porción del sector servicios más estrechamente ligada a la actividad manufacturera, en concreto los denominados «servicios a las empresas». El único problema de este acercamiento alternativo consiste en que las fuentes disponibles no siempre permiten superar la estanca división sectorial, ya sea porque la definición de este tipo de servicios sigue sujeta a discusión⁵⁸, ya porque las cifras publicadas no facilitan una desagregación ajustada de los mismos⁵⁹.

En cualquier caso, los cuadros siguientes intentan una primera aproximación en esta dirección. Se trata de ponderar la participación actual de tres variables «industriales» en cada uno de los diecisiete productos regionales considerados y en relación con los respectivos totales españoles. Junto a la ya recogida en los tres cuadros anteriores (basada fundamentalmente en el VAB industrial al coste de los factores), ahora se incluyen también el manufacturero, el correspondiente a las ramas industriales de complejidad tecnológica media y alta⁶⁰ y el de los servicios a las empresas⁶¹. Como se acaba de señalar, la agregación del primero y el último implica una consideración industrial quizá más adecuada al tipo de industria correspondiente a la «nueva industrialización».

En el primer caso (VAB manufacturero: columna 2 de los cuadros 8, 9 y 10), la no inclusión de los sectores energético y minero supone algunas modificaciones con respecto a los porcentajes que arrojaba el VAB industrial (columna 1 de los cuadros citados), aunque en ningún caso sustanciales: ni por lo que representa en el conjunto del producto regional, ni por lo que aporta al total manufacturero español o significa si se le aplica el corrector demográfico.

Más interés presentan las columnas siguientes. En primer lugar, la 3 muestra como seis regiones parecen haber apostado claramente por una especialización industrial vinculada a las ramas de mayor complejidad tecnológica, esto es, aquellas identificables, en un sentido estricto, con la «nueva industrialización». Son, por este orden: Aragón, Madrid, Navarra, Cataluña, Cantabria y el País Vasco. En términos de aportación al producto español, el balance resulta todavía más favo-

58. Rubalcaba (1997).

59. La *Contabilidad Regional de España* engloba, dentro de los «servicios de mercado» y en el mismo epígrafe «inmobiliarias y servicios empresariales».

60. Se incluyen la industria química, la fabricación de maquinaria y equipo mecánico, la de equipo eléctrico, electrónico y óptico y la fabricación de material de transporte.

61. Vid. nota 56.

CUADRO 8
ESTRUCTURA REGIONAL DE LA INDUSTRIALIZACIÓN ESPAÑOLA
A FINALES DEL SIGLO XX.*

	1	2	3	4	5 (2+4)
Andalucía	14,58	11,75	27,97	12,55	24,30
Aragón	28,99	24,25	51,54	12,72	36,97
Asturias	24,21	18,14	18,12	12,79	30,93
Baleares	10,28	6,86	6,48	15,20	22,07
Canarias	10,59	6,22	12,57	10,91	17,13
Cantabria	25,04	21,12	37,84	14,75	35,87
Castilla-León.	24,96	18,88	34,09	11,65	30,54
Castilla-La Mancha.	21,83	16,37	22,35	10,83	27,21
Cataluña	31,65	28,39	40,36	13,84	42,23
Comunidad Valenciana	25,15	23,28	23,63	13,72	37,00
Extremadura	10,79	6,96	12,86	12,10	19,06
Galicia	22,99	16,78	23,97	11,84	28,63
Madrid	18,02	15,23	47,21	17,86	33,18
Murcia	20,13	16,19	27,13	12,41	28,60
Navarra	36,01	33,67	45,27	9,85	43,53
País Vasco	33,04	29,48	36,16	12,13	41,62
La Rioja	33,62	29,04	20,49	9,61	38,66
España	23,14	19,36	35,87	13,56	32,93

Fuente: I.N.E. *Contabilidad Regional de España*. Elaboración propia.

1. Valor añadido bruto industrial al coste de los factores. Porcentaje sobre el VAB total de la región.
2. Valor añadido bruto a precios básicos del sector manufacturero. Porcentaje sobre el VAB total de la región
3. Valor añadido bruto a precios básicos de las industrias de complejidad tecnológica media y alta. Porcentaje sobre el VAB manufacturero de la región.
4. Valor añadido bruto a precios básicos de los servicios a las empresas. Porcentaje sobre el VAB total de la región.

*Datos correspondientes a 1998.

table al binomio catalán-madrileño que en cualquiera de los dos aproximaciones industriales anteriores, ya que casi la mitad de todas las industrias de tecnología avanzada se concentran en estos momentos en las dos comunidades autónomas⁶²; a distancia, les siguen el País Vasco, la Comunidad Valenciana, Andalucía y Aragón, aunque de nuevo la introducción el corrector demográfico (cuadro 10) pone las cosas en su sitio: Navarra se sitúa otra vez como la más alejada de la media española, seguida en esta ocasión de Cataluña —que recupera la segunda plaza gracias a su decidida orientación hacia este tipo de actividades manufactureras—, Aragón, el País Vasco y Madrid.

Ahora bien, si de la consideración estricta de esta «nueva industrialización» pasamos a una de naturaleza más amplia, las cosas vuelven a modificarse y, en

62. Que son, por lo demás, las que destinan un mayor porcentaje de su producto a inversiones en I+D. Buesa (1998), Maluquer (2001b).

CUADRO 9
APORTACIÓN AL VAB ESPAÑOL DE LAS COMUNIDADES AUTÓNOMAS
(en %)

	1	2	3	4	5 (2+4)
Andalucía	8,23	8,19	6,38	12,49	9,96
Aragón	4,07	4,00	5,75	2,99	3,58
Asturias	2,52	2,21	1,11	2,30	2,22
Baleares	1,02	0,80	0,14	2,55	1,52
Canarias	1,76	1,24	0,43	3,11	2,01
Cantabria	1,36	1,35	1,42	1,34	1,35
Castilla-León	6,27	5,70	5,42	5,02	5,42
Castilla-La Mancha	3,39	3,02	1,88	2,85	2,95
Cataluña	26,14	27,29	30,72	18,99	23,87
Comunidad Valenciana	10,36	11,55	7,61	9,72	10,79
Extremadura	0,79	0,62	0,22	1,55	1,00
Galicia	5,45	4,77	3,19	4,80	4,78
Madrid	13,55	13,46	17,72	22,54	17,20
Murcia	2,01	1,97	1,49	2,16	2,05
Navarra	2,74	3,00	3,78	1,25	2,28
País Vasco	9,12	9,59	9,67	5,63	7,96
La Rioja	1,10	1,13	0,65	0,53	0,89
España	100	100	100	100	100

Fuente: I.N.E. *Contabilidad Regional de España*. Elaboración propia.

1. Valor añadido bruto industrial al coste de los factores.
2. Valor añadido bruto a precios básicos del sector manufacturero.
3. Valor añadido bruto a precios básicos de las industrias de complejidad tecnológica media y alta.
4. Valor añadido bruto a precios básicos de los servicios a las empresas.

*Datos correspondientes a 1998.

general, siempre que nos movamos con medias regionales, a ofrecer un perfil de distribución del VAB menos concentrado. En general, todas las comunidades autónomas ofrecen en estos momentos una participación similar en su producto regional del sector servicios (en torno al 60 %), y no existen tampoco grandes diferencias en el porcentaje que los denominados «servicios a las empresas» representan de ese total (columna 4 del cuadro 8: entre el 9,61 de La Rioja y el 17,86 % de Madrid). Lo que ocurre es que al agregar este último *vab* al manufacturero queda mejor definido el perfil que la «nueva industrialización» –repeto, considerada ahora en un sentido amplio– adquiere en las distintas regiones españolas a finales del siglo XX (columna 5 de los cuadros 8 y 9 y 4 del cuadro 10).

Como apunté más arriba, la imagen nos dibuja en esta ocasión una España industrial ligeramente menos polarizada –en términos exclusivamente regionales o autonómicos– que la que surgía de las aproximaciones anteriores, aunque en ningún caso se quiebre el dominio ejercido por las comunidades autónomas

CUADRO 10

INTENSIDAD INDUSTRIAL (1), MANUFACTURERA (2), DE LAS INDUSTRIAS DE COMPLEJIDAD TECNOLÓGICA (3) Y DE LA SUMA DE INDUSTRIA MANUFACTURERA Y LOS SERVICIOS A EMPRESAS EN LAS REGIONES ESPAÑOLAS (4). (ESPAÑA=1)*.

	1	2	3	4
Andalucía	0,45 (15)	0,44 (14)	0,35 (14)	0,54 (15)
Aragón	1,36 (4)	1,34 (5)	1,92 (3)	1,20 (6)
Asturias	0,91 (10)	0,82 (10)	0,41 (13)	0,82 (10)
Baleares	0,53 (14)	0,42 (15)	0,07 (17)	0,81 (11)
Canarias	0,43 (16)	0,30 (16)	0,17 (15)	0,49 (16)
Cantabria	1,03 (7)	1,01 (8)	1,06 (6)	1,01 (8)
Castilla-León	0,78 (12)	0,90 (9)	0,85 (8)	0,85 (9)
Castilla-La Mancha	0,99 (9)	0,69(13)	0,43 (12)	0,68 (14)
Cataluña	1,70 (3)	1,77 (3)	1,99 (2)	1,55 (2)
Comunidad Valenciana	1,02 (8)	1,15 (6)	0,76 (9)	1,08 (7)
Extremadura	0,29 (17)	0,22 (17)	0,08 (16)	0,36 (17)
Galicia	0,78 (11)	0,69 (12)	0,46 (11)	0,69 (13)
Madrid	1,07 (6)	1,05 (7)	1,38 (5)	1,34 (5)
Murcia	0,72 (13)	0,70 (11)	0,53 (10)	0,73 (12)
Navarra	2,09 (1)	2,23 (1)	2,82 (1)	1,70 (1)
País Vasco	1,72 (2)	1,84 (2)	1,85 (4)	1,52 (3)
La Rioja	1,25 (5)	1,71 (4)	0,98 (7)	1,35 (4)
España	1,00	1,00	1,00	1,00

Fuente: I.N.E. *Contabilidad Regional de España*. Elaboración propia.

*Datos correspondientes a 1998.

catalana y madrileña (entre ambas absorben más del 41 % del total nacional de la suma del VAB manufacturero y el de los servicios a las empresas), ni apenas se resienta el eje industrializador español, ordenado, según señalé, en torno al Ebro, en el que se sitúan las regiones en las que parece estar arraigando más la nueva industrialización (por supuesto con el añadido madrileño, que se demuestra como la región más beneficiada al contemplar esta consideración industrial más amplia). Esta media docena de comunidades autónomas (Navarra, Cataluña, Madrid, País Vasco, La Rioja y Aragón) demuestran su superioridad industrial frente a los once restantes en lo que respecta al porcentaje que este nuevo sector secundario aporta a su producto regional, por lo que significa su actividad productiva en el conjunto estatal, y por tratarse también de los territorios en los que los niveles de intensidad industrial son los más elevados de toda la península.

Tres ejemplos regionales: Andalucía, Cataluña, País Vasco

Hasta aquí el tratamiento resumido de aspectos susceptibles de abordar desde la aproximación comparativa inter o intrarregional (pero en ambos casos extensible al conjunto de las diecisiete comunidades autónomas españolas). Otras opciones que participen de tal aspiración deben reducirse por el momento al cotejo entre un grupo concreto de regiones y a aspectos puntuales de su trayectoria industrial. Y es en este punto en el que la vía IPI puede demostrar la utilidad y el carácter versátil de una opción metodológica laboriosa pero asumible, al menos para el período que nos ocupa en este momento.

Como se señaló en la introducción, la comparación entre Andalucía (IPIAN), Cataluña (IPICA) y el País Vasco (IPIVA) permite al menos abundar en dos tipos de cuestiones ausentes de la anterior elaboración de los datos oficiales: las pausas y ritmos de crecimiento del producto industrial y la distribución sectorial del VAB industrial en cada una de las tres regiones analizadas.

El cuadro 11 y el gráfico 1 aluden a los primeros. Aquél pone de manifiesto la existencia de tasas de crecimiento del producto industrial muy diversas, que sólo parecen agruparse en la década del desarrollismo franquista, pero también unos avances industriales de ningún modo desdeñables. Todo lo contrario: una tasa media anual situada en torno al 5 % como media para la segunda mitad del siglo XX demuestra la materialización de un fortísimo proceso de industrialización (una auténtica revolución industrial, si se quiere) de la que parecen haber participado las tres regiones consideradas. Aunque sólo aparentemente. Como comprobamos en el epígrafe anterior, los puntos de partida eran tan distintos que los guarismos regionales y el nacional que recoge el cuadro para las siguientes décadas no sólo no permiten mejorar la situación relativa del sur con respecto a la media nacional y a las otras dos regiones objeto de la comparación, sino que además están reflejando realidades industriales que apenas tienen que ver entre sí.

CUADRO 11

TASAS MEDIAS ANUALES DE CRECIMIENTO DEL ÍNDICE DE PRODUCCIÓN INDUSTRIAL DE ANDALUCÍA (IPIAN), CATALUÑA (IPICA), PAÍS VASCO (IPIVA) Y ESPAÑA (IPIES)

	IPIAN	IPICA	IPIVA	IPIES
1950-1959	4,45	9,00	4,16	7,64
1960-1969	10,05	11,72	10,19	10,72
1970-1979	8,55	4,36	4,64	3,73
1980-1989	3,93	2,06	-0,05	2,26
1990-1999	0,05	2,91	2,12	1,82
1950-1999	5,34	5,33	4,10	4,99

Fuente: Parejo (en prensa). Carreras (1983).

GRÁFICO 1

ÍNDICES DE PRODUCCIÓN INDUSTRIAL DE ANDALUCÍA (IPIAN), CATALUÑA (IPICA) Y PAÍS VASCO (IPIVA), 1950-2000

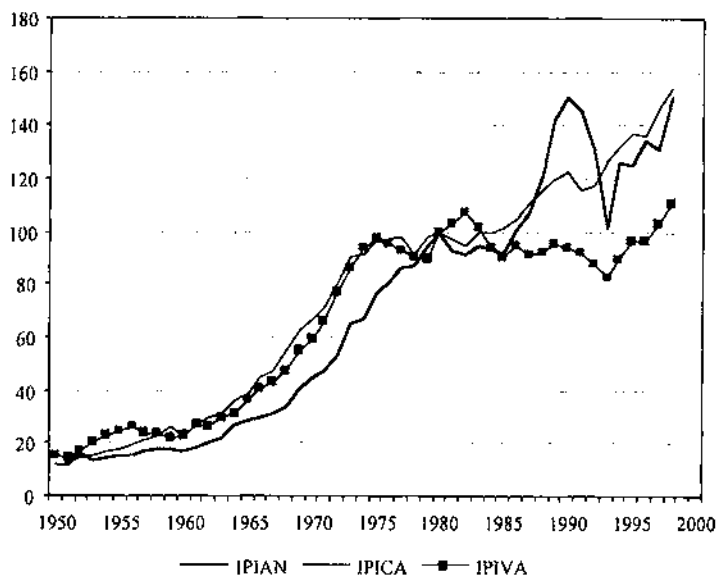
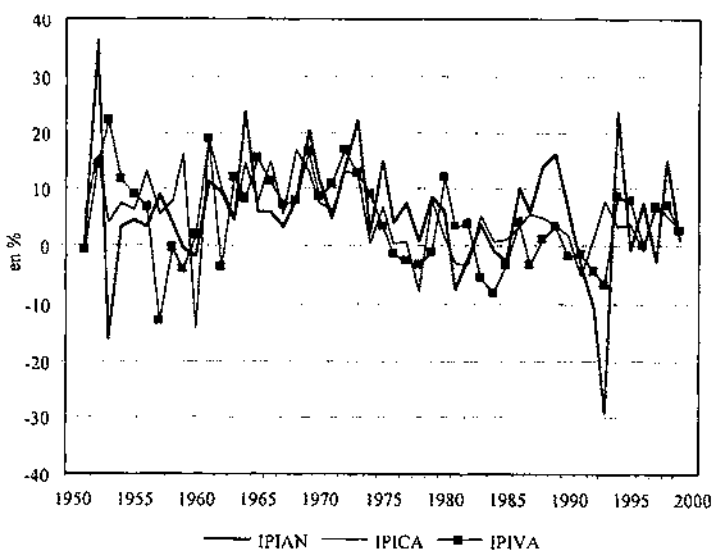


GRÁFICO 2

VARIACIONES INTERANUALES DE LOS ÍNDICES DE PRODUCCIÓN INDUSTRIAL DE ANDALUCÍA (IPIAN), CATALUÑA (IPICA) Y PAÍS VASCO (IPIVA), 1950-2000. EN %



En otras palabras: mientras que esas tasas suponen la culminación del proceso de industrialización (la expresión, referida al período 1950-1974, es de Carreras) para el conjunto del país y sus dos regiones más industrializadas entonces, en Andalucía sólo implican la participación en un modelo de crecimiento que fue capaz de impregnar a todo el territorio nacional. Pero poco más: al contrario de lo ocurrido en Cataluña y el País Vasco, y como páginas más arriba se encargaron de demostrar otros cuadros, la región sureña nunca fue capaz de protagonizar durante los dos sexenios del desarrollismo franquista nada parecido a un auténtico proceso de industrialización.

El gráfico 1 ayuda a comprender algo mejor esta situación y especialmente a visualizar la diversidad de las trayectorias regionales seguidas en las dos últimas décadas. Como una simple ojeada de la misma pone de manifiesto, la de los ochenta resultó particularmente crítica para el País Vasco —con tasas negativas por primera vez en la historia de su industrialización si no consideramos la Guerra Civil—, pero extraordinariamente beneficiosa para Andalucía, cuya industria llegó a crecer entonces muy por encima de la media nacional y de las dos regiones con las que aquí se compara; a la inversa, la recuperación del Norte contrasta más tarde con la crisis del sur, mucho más afectada por la crisis de los primeros noventa —el IPIAN desciende entonces a los niveles de diez años antes—. Entre ambas, Cataluña mantiene siempre un ritmo de crecimiento mucho más constante —entre el 2 % y el 4 % después del fortísimo crecimiento de los años sesenta—, y en última instancia parece demostrarse como la región que marca la pauta del ritmo de crecimiento del producto industrial de todo el conjunto del Estado español (recuérdese que en todo este periodo ha estado representando una cuarta parte del VAB que en toda España aporta el sector industrial).

El gráfico 2, donde se agrupan las variaciones interanuales de los tres índices, confirma la solidez y el ritmo constante del crecimiento catalán —sólo hay seis años de caída de la producción industrial—, que contrasta con las bruscas oscilaciones del andaluz —tanto positivas como negativas: hay diez años por encima del 15 %—, y el comportamiento más moderado del IPI vasco —en dieciséis observaciones las tasas son negativas—.

¿A qué obedece tal diversidad de comportamientos? Aunque no estamos en condiciones de responder concluyentemente a tal cuestión, sí que podemos avanzar algunas hipótesis explicativas a partir del análisis de las tres estructuras industriales contempladas. Expresado en otros términos: se trataría de buscar en la distinta distribución interna de cada uno de los productos industriales comparados las causas de los diferentes ritmos y pautas de crecimiento observadas en este último medio siglo: esto es, explorar las ventajas y los inconvenientes de la unisectorialización (o la especialización en una determinada actividad fabril o minera) o de la diversificación, y entender los resultados obtenidos en función de la permanencia o no de una determinada distribución sectorial del producto industrial.

En el cuadro 12 se plantean estas cuestiones. De nuevo se han escogido las mismas fechas que en las restantes aproximaciones estadísticas, ofreciendo primero una división tripartita simple (energía + minería; bienes intermedios + bienes de inversión; bienes de consumo) de los que posteriormente se desagregan los subsectores fabriles más importantes de cada región.

A la vista de los resultados alcanzados, la primera constatación debe referirse a la existencia de tres modelos regionales de industrialización, muy distintos entre sí, que además ofrecen pautas diversas de cambio estructural. Se trata, así, de regiones netamente especializadas hacia 1950 (la agroindustria en Andalucía, el textil en Cataluña y la siderometalurgia en el País Vasco), que avanzan por senderos diferentes a partir de ese momento.

En el sur, por ejemplo, los cambios comienzan a materializarse en una doble dirección: la crisis minera y el paralelo incremento de los sectores intermedios y de inversión es la más obvia de ellas. La segunda —la caída de la agroindustria que se produce entre 1950 y 1970— resulta menos conocida y hasta cierto punto paradójica: mientras durante el primer franquismo la región continuó vinculada al mismo modelo sectorial que tan buenos resultados le había dado en las primeras décadas del siglo XX —en unos momentos en los que ya no disponía de aquellos mercados exteriores y le resultaba muy difícil incorporar las innovaciones tecnológicas procedentes del extranjero⁶³—, la identificación entre la agroindustria y el conjunto del sector de bienes de consumo se diluyó, de manera significativa, cuando aquella comenzó a aportar unos valores añadidos más elevados, un proceso que coincidió con la quiebra de la agricultura tradicional y los movimientos migratorios con destino a Europa y, dentro de España, precisamente con dirección a las otras dos regiones que aquí se analizan. O lo que es lo mismo, la modernización agraria de los años sesenta no se trasladó inmediatamente a la vertiente industrial transformadora. Andalucía renunció entonces parcialmente a su especialización secular para avanzar hacia una estructura industrial más diversificada que, antes de permitirle mejorar su niveles de industrialización, terminó de sancionar su distancia con respecto a la media nacional y por supuesto con las regiones más avanzadas de la península. La vía de la diversificación se demostró inadecuada sobre todo por dos razones: primero porque mantenía la dependencia de un sector con baja elasticidad-renta (la industria agroalimentaria); en segundo lugar, debido a que su opción por las «otras» industrias de bienes de consumo y por determinadas industrias de bienes intermedios obligaba a compartir un mercado fundamentalmente nacional con productores más competitivos. En ese contexto, la inexistencia de una auténtica política industrial (hasta comienzos de los años setenta, la región apenas absorbió un 9 % de la inversión total promovida por el I.N.I. y ésta se la repartieron fundamentalmente Cádiz, Huelva y Sevilla)⁶⁴,

63. Zambrana (1999).

64. Martín Rodríguez (1999a).

CUADRO 12
DISTRIBUCIÓN SECTORIAL DEL PRODUCTO INDUSTRIAL ANDALUZ (A), CATALÁN (C) Y VASCO (E). 1950-2000 EN %
 (medias trienales centradas)

	1950a	1950c	1950e	1960a	1960c	1960e	1970a	1970c	1970e	1980a	1980c	1980e	1990a	1990c	1990e	2000a	2000c	2000e
Energía + Minería	30,9	15,1	5,3	19,3	6,5	6,9	13,9	6,7	5,6	13,9	13,5	6,8	23,3	16,6	11,2	18,1	6,1	9,9
Interm. + Invers.	16,6	9,5	82,0	26,4	33,3	68,4	39,3	46,9	74,9	39,4	46,5	67,9	34,4	47,0	64,8	41,7	59,3	74,0
Bienes consumo	52,3	75,3	12,7	54,3	59,9	24,7	46,8	46,4	19,5	46,3	40,0	25,2	42,2	36,3	23,9	40,2	34,6	16,0
Alimenticias	45,8	8,4		31,0	7,4		21,6	7,6		32,8	12,0		29,9	12,1		31,5	16,1	
Textiles		60,8			33,9			16,8			13,4			9,4			6,8	
Química				5,6	9,1	8,9	4,1	6,4	5,8	10,4	13,6	12,8	6,5	15,3	12,6	7,8	19,4	11,5
Mat. Transporte			10,2			21,2	6,8	5,5	6,9	7,7	7,9	6,9	9,5	6,5	6,1	7,0	13,1	11,7
Transfor. metales.			54,2			38,2	7,5	10,2	18,6	5,9	9,4	15,2	4,1	9,5	19,3	10,8	8,2	30,6
Constr. Mec./Met.			12,2			11,6		7,8	31,8	2,0	6,1	20,7	1,7	4,1	19,4		5,5	12,8
Mat. Electrónico										2,0	7,27,2	6,6	2,2	1,7	7,5	3,6	8,1	4,4
Otras inds manufactureras				19,0			22,2			8,2				2,2				

Fuente: Id. a cuadro 4.

sólo contribuyó a agravar la situación andaluza: en las postrimerías del franquismo, el concepto «desindustrialización» sí que resultaba pertinente para calificar, en términos comparativos, una panorama manufacturero muy alejado del que, en esa época, presentaban otros territorios peninsulares.

La «rectificación» se produjo a partir de la década siguiente, de tal manera que las industrias vinculadas al sector agrario llegaron a superar el 32 % de todo el producto industrial de la región para estabilizarse en torno a ese porcentaje en lo que restaba de siglo XX. Por supuesto, las fuertes tasas de crecimiento del IPIAN de 1970 a 1990 tienen que relacionarse en un porcentaje elevado con la recuperación agroindustrial, mientras que el estancamiento posterior —y en concreto la fortísima caída de los primeros noventa— debe vincularse sobre todo con la crisis de la construcción naval y las industrias auxiliares⁶⁵.

En el extremo nororiental de la península, la transformación de la estructura industrial de Cataluña ha sido aún más profunda y brusca que la andaluza. Quizá el término que mejor resume lo ocurrido con la industria catalana en estos últimos cincuenta años sea el de —y perdón por el neologismo— «destextilización». La desindustrialización textil ha sido de tales dimensiones (de contribuir con el 60,8 % de todo el producto industrial de la región a hacerlo sólo con el 6,8 % entre las dos fechas extremas de este trabajo) que ha modificado completamente la estructura fabril catalana, crecientemente participada por los bienes intermedios y de inversión (química, construcción de maquinaria y automóviles, material eléctrico y electrónico, etc.) y por una industria de consumo mucho más diversificada y sensible a los cambios en la demanda interior, en crecimiento desde los años sesenta⁶⁶. Aunque tanto Andalucía como Cataluña han transitado en este último medio siglo desde la especialización hacia la diversificación, los resultados obtenidos en ambas comunidades han sido muy distintos. Sin duda, una mayor y más temprana adecuación al paradigma tecnológico vigente, junto a su capacidad de adaptación a situaciones cambiantes, en especial las modificaciones de la demanda derivadas del incremento de los niveles de renta, explican esta trayectoria diversa, en la que asimismo debe tenerse presente el desigual peso que el sector manufacturero representaba en cada una de las regiones: motor del crecimiento secular en Cataluña —y ello supone su consideración como una actividad productiva capaz de generar una auténtica «cultura industrial»⁶⁷— y una dedicación casi marginal, muy vinculada al sector agrario, en Andalucía.

65. Sánchez Aguilar (1997).

66. Parellada (1989), Homs y Pagés (1989), Maluquer (1998).

67. Aunque escasamente definido aún por la historiografía económica española, el término permite englobar tanto aquellos factores concretamente relativos a la actividad productiva —la vertiente empresarial, el capital humano— como aquellos otros que, emanados directamente de la anterior, terminan convirtiéndose en valores aceptados y asumidos como propios por el conjunto de la sociedad. Algunas interesantes sugerencias sobre este asunto en Sudrià (1997).

El contrapunto vasco, advierte, sin embargo, que la historia no siempre es suficiente. En otros términos: no basta con consolidar un determinado tejido industrial o generar el tipo de cultura social a la que se acaba de hacer referencia. En Euskadi al diversificación no fue una opción tan temprana y rotunda como en Cataluña (obsérvese que la suma de bienes de intermedios y de inversión arroja similares porcentajes en 1950 que en 2000), aunque la especialización siderúrgica comenzara a demostrarse como un camino agotado con la crisis de los años setenta⁶⁸. Frente al modelo catalán, mucho más versátil y flexible, el vasco encontró mayores dificultades para superar la desindustrialización ligada al agotamiento de la segunda revolución tecnológica, diversificándose o profundizando en una especialización alternativa⁶⁹; a la postre, un asunto que –como ilustra la trayectoria del IPIVA– sólo parece estar resolviéndose en la década finisecular del siglo XX.

De las regiones a las experiencias locales: hacia la caracterización de distritos industriales en la España de la segunda mitad del siglo XX

Hasta aquí la aproximación exclusivamente regional (autonómica) a nuestra más reciente trayectoria industrial. Datos y porcentajes referidos a ese nivel de desagregación, que sin duda permiten obtener una visión territorializada del proceso de industrialización español en este último medio siglo, aunque no por ello dejan de ser insuficientes e incompletos. Soy consciente y asumo todos estos inconvenientes, tanto aquellos que corresponden a las deficiencias propias del texto como los que tienen que ver con algunas de las limitaciones referidas a la falta de investigación o a la precariedad de las estadísticas oficiales. He intentado corregir algunos de ellos con el recurso a los IPIs, pero sin duda se trata de una alternativa parcial, no exenta de limitaciones y desde luego sujeta a críticas. Por ello, lo que me propongo realizar a continuación, aunque quizá altere el sentido general del presente trabajo –un enfoque teóricamente limitado a las regiones administrativas o históricas; desde 1980, comunidades autónomas– resulta necesario para la correcta aprehensión y caracterización de cualquier fenómeno industrializador, y todavía más de aquellos materializados durante la tercera revolución tecnológica.

Me refiero una vez más al territorio. La presencia en los cálculos anteriores de comunidades autónomas pluriprovinciales y de otras uniprovinciales –como Navarra o La Rioja entre las más industrializadas–, así como la posibilidad de descender a la información municipal, puede ayudar a plantear la pertinencia de

68. Fernández de Pinedo (2001).

69. Por lo demás, se trata de un asunto común a otras viejas regiones industriales europeas. Vid. Rodríguez Pose (2000).

considerar otras unidades territoriales como marco más idóneo para analizar los procesos contemporáneos de industrialización. Ya señalé al principio que no era mi intención profundizar en este trabajo por esa dirección (que en última instancia desembocaría en la identificación de distritos industriales), pero al menos, como quiera que los posibles cambios provinciales y municipales en la localización de esta clase de actividades sí pueden seguirse, aunque con limitaciones, en las fuentes estadísticas publicadas en el último medio siglo, quizá merecería la pena apuntar algún dato en relación con la trayectoria industrializadora de provincias y ciudades en este periodo.

El cuadro 13 profundiza en la primera dirección al incluir, para las seis observaciones ya conocidas, aquellas provincias correspondientes a regiones peninsulares no uniprovinciales en las que el peso de su sector industrial es superior a la media regional. La expresión, realizada en números índices (para la región de que se trate el índice es siempre 100) permite una primera aproximación a las pautas de concentración o dispersión industrial en el interior de cada una de las comunidades autónomas consideradas.

El cuadro confirma algo que ya sabíamos para períodos anteriores —el conocido carácter polarizado de toda actividad industrial— y con él la conveniencia, repetidamente aludida en estas mismas páginas, de trabajar en asuntos relacionados con los procesos de industrialización con unidades territoriales de menores dimensiones a las de las regiones administrativas o históricas. Pero también permite precisar los términos de esa desigualdad provincial así como las pautas de localización materializadas en estos últimos cincuenta años a esos niveles espaciales.

La tipología es, por lo demás, variada, casi tanto como las regiones contempladas. Entre las más industrializadas, en el País Vasco, el impulso de la industrialización vizcaína, fraguado en las décadas finales del Ochocientos, parece alcanzar hasta finales de los años sesenta, momento en el que las otras dos provincias —Guipúzcoa y sobre todo Álava— comienzan a mostrar índices superiores a la media de la región⁷⁰. Se trata de un fenómeno que no ocurre en Cataluña, donde el dominio barcelonés se mantiene a lo largo de las cinco décadas contempladas, aunque en las dos últimas Tarragona, gracias al empuje del sector petroquímico, llega a superarla en términos relativos.

Parecido al catalán es el caso aragonés (aquí Zaragoza mantiene un predominio similar, que en los últimos años se vincula directa o indirectamente con la fabricación de automóviles⁷¹; predominio compartido últimamente con Teruel, gracias en este caso a la participación energética)⁷² y cercano al vasco el valen-

70. González Portilla (1989).

71. A mediados de los años noventa sólo la planta de Opel en Figueruelas aportaba más del 22 % del *vab* industrial de Aragón. Aznar y Aparicio (2000).

72. Germán (1990), Huerta (1992).

CUADRO 13
PROVINCIAS PERTENECIENTES A REGIONES PENINSULARES NO UNIPROVINCIALES
EN LAS QUE EL PESO DEL SECTOR INDUSTRIAL ES SUPERIOR A LA MEDIA
REGIONAL. 1950-2000.
 En números índices (100 para el conjunto de la región).

	1950	1960	1970	1980	1990	2000
Andalucía						
Cádiz	104,0	116,2	121,2	111,1	136,1	142,9
Córdoba		107,7				
Huelva	110,4	119,8	153,6	128,7	126,2	132,6
Jaén				111,7	103,2	
Sevilla	114,0	105,7	109,6	101,6	104,4	126,4
Aragón						
Teruel					107,1	109,1
Zaragoza	100,7	102,5	103,4	100,4	102,7	105,2
Castilla-León						
Burgos	101,3		116,5	124,8	136,9	152,9
León	137,9	125,3	101,3			104,3
Palencia	119,1	109,9	110,8	113,7	106,8	118,9
Salamanca		107,9	110,6			
Valladolid			125,4	123,4	121,8	108,4
Castilla-La Mancha						
Ciudad Real	131,2	139,0	118,9	111,3	103,3	111,4
Guadalajara			118,9	129,0	186,2	148,1
Toledo			105,3	102,0		105,8
Cataluña						
Barcelona	108,6	109,6	108,0	104,0	117,9	104,4
Tarragona				101,9	126,6	109,4
Com. Valenciana						
Alicante	121,2	120,7	110,4	100,1		
Castellón				119,4	120,1	132,7
Valencia					110,6	100,2
Extremadura						
Badajoz	111,3	107,4				
Cáceres			114,0	110,9	110,9	108,9
Galicia						
A Coruña	108,1	109,8	105,8	107,9	107,8	114,8
Orense			101,5			
Pontevedra	101,9	103,5	102,3	100,6		100,0
País Vasco						
Álava			109,3	111,4	126,9	124,6
Guipúzcoa			103,4	101,6	101,6	104,9
Vizcaya	103,5	103,2				

Fuente: Id. a cuadro 4.

ciano, una región donde la provincia más tempranamente industrializada de las tres –Alicante– se terciariza en las dos últimas décadas, siendo sustituida por otras de vocación industrial más reciente: Valencia y especialmente Castellón⁷³.

En el camino hacia las regiones menos industrializadas una participación provincial más compartida parece ser el rasgo dominante. Los índices superiores a la media se recogen aquí gracias al mantenimiento de actividades ligadas a la explotación de los recursos naturales, la inversión pública o a puntuales experiencias fabriles de carácter sectorial. Los casos son conocidos y no es éste lugar para entrar en el detalle de los mismos. En Galicia, por ejemplo, la presencia en casi todas las observaciones de A Coruña y Pontevedra debe relacionarse, en el primer caso, con los yacimientos de wolframio y lignito, los Astilleros públicos de El Ferrol o el refinado de crudo, mientras en el segundo –localizado preferentemente en Vigo– son las actividades conserveras, la industria automovilística y la fabricación de aluminio y pasta de papel –en estos dos últimos casos por empresas del I.N.I.–, las que explican sus guarismos de VAB industrial por encima de la media gallega⁷⁴.

Hasta cinco de las nueve provincias castellano-leonesas muestran en este período índices superiores a los del conjunto de la región⁷⁵. Burgos acentúa progresivamente su especialización industrial (fabricación de neumáticos, maquinaria agrícola, celulosa, resinas artificiales), mientras que Palencia está presente en todas las observaciones –primero gracias a la producción hullera, más tarde a la fabricación de cobre electrolítico y también a la industria panificadora y de productos vinílicos– y Valladolid a partir de los años setenta merced a la fabricación de automóviles (FASA y SAVA)⁷⁶.

En Castilla la Mancha es Ciudad Real (la minería de Almadén y Puertollano, las construcciones ferroviarias de Alcázar de San Juan) la provincia que mantiene unos índices de industrialización más elevados hasta la irrupción de Guadalajara –de nuevo el sector energético– en los años setenta, mientras en Extremadura Cáceres toma el relevo pacense con el desarrollismo franquista⁷⁷ y en Andalucía es el triángulo Huelva-Cádiz-Sevilla (la minería y metalurgia del cobre y la industria petroquímica onubense⁷⁸, la construcción naval gaditana y

70. González Portilla (1989).

71. A mediados de los años noventa sólo la planta de Opel en Figueruelas aportaba más del 22 % del *vab* industrial de Aragón. Aznar y Aparicio (2000).

72. Germán (1990), Huerta (1992).

73. Palafox (2001). Sobre Castellón y la emergencia del distrito industrial cerámico, vid. Molina (1999).

74. Carmona (1990) y (2001), Abreu (1992).

75. Álvarez Martín (1997).

76. Sobre los polos industriales de Burgos y Valladolid, vid. Fernández Rodríguez, dir. (1973). Un resumen sobre la situación industrial de la región en los años sesenta y setenta en Raposo, dir. (1975). Trabajos más recientes: Manero (1985), García Fernández (1987) y Moreno Lázaro (2001).

77. Zapata, ed. (1996).

78. Fourneau (1978).

una estructura más diversificada en la capital⁷⁹) el que concentra las escasas iniciativas industriales de la región en este período⁸⁰, que en menor medida pasan por Jaén (Linares) y Córdoba y todavía menos por las provincias más orientales, en las que la temprana especialización turística –Málaga– o la emergencia de actividades sobre las que resulta difícil su estricta adscripción sectorial –la nueva agricultura almeriense– diluyen el peso en el VAB provincial del sector secundario.

Ahora bien, la provincia precisa pero no agota la dimensión territorial vinculada a los fenómenos de industrialización posbélica. Como se apuntó más arriba, la recuperación historiográfica de las externalidades marshallianas, vinculadas al concepto de «distrito industrial» en el modelo italiano (Becattini) y asumidas *in extenso* por la nueva geografía económica norteamericana (Krugman, Henderson, Ellison y Gleaser), han contribuido a que la mayoría de los especialistas terminen focalizando su atención sobre los sistemas locales de crecimiento. Y eso significa que independientemente del papel que se atribuya en la conformación de estas aglomeraciones, «clusters» o distritos⁸¹ a los rendimientos crecientes o a las ventajas naturales, resulta imprescindible localizar este tipo de experiencias como paso previo a su posterior caracterización.

Por mi parte, lo que ofrezco en adelante es un primer avance en esta línea de identificación de procesos locales de desarrollo industrial. Aunque, desgraciadamente, la información municipal facilitada por los organismos estadísticos públicos en la etapa que nos ocupa es muy parca, el cuadro 14 intenta aprovechar estas mínimas posibilidades: aquí no se contemplan valores añadidos sino porcentajes de empleo industrial, correspondientes a los tres únicos censos de población confeccionados desde 1950 que permiten este tipo de aproximación (los de 1950, 1970 y 1991). Las ciudades seleccionadas son todas las capitales de provincias y aquellos municipios mayores de 50.000 habitantes que en el censo de 1970 –de

79. Desde el importante sector agroalimentario (aceitero fundamentalmente) a la construcción de maquinaria agrícola o las iniciativas textiles, pasando por las inversiones del INI. Arenas, ed. (1995).

80. Camps (1978), Pajuelo y Villena (1993).

81. Como es sabido, los términos no son intercambiables: el primero se refiere a la mera acumulación de empresas independientes en un mismo ámbito local, mientras los otros dos suponen la existencia de una comunidad de personas y empresas que operan en un territorio limitado donde la presencia de economías externas empuja hacia la formación y desarrollo de un aparato productivo especializado, que se caracteriza por la interdependencia empresarial, la existencia de un mercado de servicios desarrollado, el apoyo institucional y la propia cultura del distrito (capacidad empresarial, circulación de conocimientos, intercambio de información, etc.). Las diferencias entre «cluster» y «distrito industrial» se refieren a la tradición académica en la que se generan ambos términos –americana: Porter (1998); e italiana: Becattini (1979), respectivamente–, pero casi siempre son utilizados para describir el mismo tipo de sistema productivo local. Si acaso, la noción socioeconómica de este último –Becattini (1990)– al contemplar factores no exclusivamente económicos introduce un ligero matiz en la definición de ambos términos. Un resumen sobre esta trayectoria conceptual en Becattini (2000) y Tappi (2000).

los tres, el que ofrece una información más completa—superaban la media nacional de empleo industrial (situada entonces en el 27,13 %). Para cada observación se recogen dos columnas: el porcentaje de empleo industrial sobre el total de población económicamente activa de la ciudad y sobre el total del empleo industrial de la provincia.

Con las matizaciones apuntadas, el registro de ciudades industriales españolas durante la segunda mitad del siglo XX es limitado: sólo 36 núcleos urbanos mayores de 50.000 habitantes (de un total de 85), de los cuales 13 corresponden a capitales de provincia. El cotejo con los porcentajes provinciales y regionales confirma la importancia en los totales respectivos de las sumas municipales que aquí se recogen. En la primera parte de este epígrafe pudimos comprobar como las cifras regionales escondían concentraciones provinciales destacables: ahora cabe hacer lo propio con estas últimas, resueltas en muchos casos en ciudades industriales que terminan absorbiendo porcentajes muy elevados de la industrialización provincial. Una simple ojeada a los nombres que aparecen en el cuadro apunta las distintas posibilidades de caracterización de estos núcleos manufactureros o mineros, que asumen, en líneas generales, lo que conocemos sobre la trayectoria de los territorios —provincias o regiones— en los que se insertan. Una aproximación susceptible de completar con los porcentajes de distribución sectorial de ese empleo que el cuadro 15 ofrece para el único año que la fuente lo permite (1970).

Aunque simples, los cuadros cumplen el cometido para el que han sido elaborados: mostrar la necesidad de explorar nuevos caminos de análisis histórico de nuestro proceso de industrialización en los que necesariamente el territorio debe de contemplarse como una variable nuclear.

Estas ciudades industriales atienden a una tipología diversa que, en última instancia —insisto de nuevo en este extremo— resumen la propia de la provincia y en algún ejemplo incluso la de la comunidad autónoma a la que pertenecen (lo que podría sugerir una relación directa con las ventajas comparativas de la zona en la que se localizan), y lo hacen tanto en términos de concentración espacial del valor añadido como de reflejo, a escala local, de especializaciones o diversificaciones productivas⁸². Algunos datos procedentes de los cuadros 14 y 15 permiten ilustrar las anteriores afirmaciones: por ejemplo, la región española más industrializada en términos de aportación al producto nacional puede terminar reduciéndose a una única provincia —Barcelona—, y ésta a menos de una decena de ciudades, que en conjunto llegan a aportar hasta el 70 % del valor añadido industrial provincial; algo similar a lo que ocurre con ciudades industriales que a su vez son capitales de provincia y/o de comunidad autónoma: por este orden,

82. No se trata, por lo demás, de un asunto exclusivamente español. Sobre las ciudades industriales estadounidenses, vid. Kim (1999).

CUADRO 14
LAS CIUDADES INDUSTRIALES ESPAÑOLAS, 1950-1991
 (1): % activos industriales sobre población activa municipal
 (2): % de activos industriales sobre activos industriales provinciales

	1950 1	1950 2	1970 1	1970 2	1991 1	1991 2
Andalucía						
Cádiz	25,46	19,95	29,85	20,65	18,68	16,75
Linares	41,63	25,19	39,37	9,64	21,46	9,30
San Fernando	38,63	13,23	37,96	9,64	18,68	16,75
Aragón						
Zaragoza	29,31	68,72	37,84	76,92	31,65	73,59
Asturias						
Avilés	19,32	1,42	50,84	16,64	35,17	9,41
Gijón	31,53	14,55	37,81	28,49	30,71	26,23
Langreo	84,67	16,58	66,11	14,05	46,21	6,54
Mieres	82,84	16,58	62,71	14,74	48,41	7,25
Cantabria						
Santander	26,32	24,24	30,54	28,61	18,16	26,81
Castilla-León						
Burgos	29,59	52,27	34,92	49,37	31,33	50,18
Valladolid	25,18	55,37	33,74	71,24	29,87	73,06
Castilla-La Mancha						
Puertollano	68,19	26,25	46,87	25,65	32,00	15,42
Cataluña						
Badalona	66,60	3,82	54,50	4,59	42,18	4,59
Barcelona	42,68	48,01	40,94	37,76	29,93	28,34
Cornellá	60,19	0,60	60,18	2,43	44,12	2,06
Hospitalet	52,55	3,41	53,30	7,00	39,16	6,00
Manresa	59,19	2,60	51,80	1,64	36,38	1,32
Mataró	60,99	2,19	56,08	2,34	47,85	2,71
Sabadell	72,64	4,62	62,89	5,55	44,70	4,69
Santa Coloma Gramanet	59,15	0,72	51,78	2,88	40,15	2,83
Tarrasa	70,88	4,56	64,28	4,88	44,01	3,68
Com. Valenciana						
Alcoy	62,89	17,04	57,16	10,23	39,56	6,86
Elche	48,75	16,11	54,76	20,69	44,42	21,18
Valencia	30,92	50,64	32,30	36,51	25,78	30,96
Galicia						
Ferrol	35,68	21,72	38,98	14,81	26,90	8,61
Vigo	27,30	38,08	36,35	38,31	28,12	40,05
Madrid						
Getafe	39,17	1,29	49,49	3,13	34,98	4,03
Leganés			38,88	1,99	29,14	4,19
Madrid	22,75	89,33	27,59	80,67	20,18	52,67
Murcia						
Cartagena	27,90	28,72	32,58	22,91	21,31	13,82
Navarra						
Pamplona	29,30	37,51	37,76	34,34	30,00	31,67
País Vasco						
Baracaldo	77,50	11,66	59,48	13,42	33,60	8,74
Bilbao	41,54	38,15	38,89	33,01	26,27	25,49
San Sebastián	30,38	23,29	31,72	16,61	23,42	15,66
Vitoria	35,13	68,39	53,88	71,78	38,93	73,85
La Rioja						
Logroño	32,33	38,23	41,56	45,80	30,95	45,69

Fuente: Censos de Población. Elaboración propia.

CUADRO 15

ESTRUCTURA SECTORIAL DE LAS CIUDADES INDUSTRIALES ESPAÑOLAS en 1970
(los tres sectores que más empleo industrial absorben; en cursiva, el primero de ellos)

	1	2	3	4	5	6	7	8
Andalucía								
Cádiz		19,81		6,24				58,17
Linares	13,31	8,79						54,17
San Fernando		4,52		3,72				79,96
Aragón								
Zaragoza			21,22	14,17				35,19
Asturias								
Avilés		1,00	3,46				73,20	
Gijón			11,19				28,50	20,81
Langreo	44,04				5,81		31,80	
Mieres	72,70	3,01					18,02	
Cantabria								
Santander		16,70					13,62	28,36
Castilla-León								
Burgos		21,07	17,85					25,57
Valladolid		15,19	10,92					43,28
Castilla-La Mancha								
Puertollano	28,05	5,61			51,96			
Cataluña								
Badalona			22,23		15,45			32,63
Barcelona			19,44		13,28			33,99
Cornellá			9,14		13,56			43,69
Hospitalet			14,23	12,03				42,51
Manresa			41,25		17,98			19,25
Mataró			60,12	7,73				12,24
Sabadell			61,66	4,92				20,70
Santa Coloma Gramanet			17,82		12,26			39,91
Tarrasa			65,02				9,29	11,97
Com. Valenciana								
Alcoy			61,93	9,34				11,48
Elche			72,49	5,59	9,74			
Valencia			18,22	19,77			25,01	25,01
Galicia								
Ferrol		8,28	7,62				69,97	
Vigo		14,88			11,47		42,29	
Madrid								
Getafe				8,82		7,69		59,92
Leganés			12,60	16,03				38,13
Madrid			16,17	16,29				35,82
Murcia								
Cartagena		11,40			27,24			32,60
Navarra								
Pamplona		13,80		19,39				38,16
País Vasco								
Baracaldo					10,20		28,86	42,13
Bilbao					10,90		18,35	36,96
San Sebastián		13,60		15,79				32,66
Vitoria					13,51		16,21	41,54
La Rioja								
Logroño			27,90	19,57				24,43

Fuente: Censos de Población. Elaboración propia.

1: Explotación de minas y canteras.

2: Productos alimenticios, bebidas y tabaco.

3: Textiles, prendas de vestir e industrias del cuero.

4: Industrias de la madera, mueble, papel y artes gráficas.

5: Fabricación de sustancias químicas y de productos químicos, derivados del petróleo y del carbón, de caucho y plásticos.

6: Fabricación de productos minerales no metálicos.

7: Industrias metálicas básicas.

8: Fabricación de productos metálicos, maquinaria y equipo.

Madrid, Zaragoza, Vitoria, Valladolid, Burgos o Valencia. En cuanto al hecho de que estos municipios ofrezcan una estructura productiva similar a la del territorio administrativo al que pertenecen, la muestra es tan diversa como llegó a señalarse párrafos más arriba o en el epígrafe correspondiente a las regiones: así ocurre en el caso asturiano, todavía dominado en 1970 por ciudades minero-metalúrgicas, mientras que en Cataluña la mayor parte de las ciudades contempladas en los dos cuadros anteriores reflejan el proceso de destextilización regional al que se aludió más arriba, y en el País Vasco continúan sujetas, con la excepción donostiarra, a un modelo claramente vinculado a la industria de bienes de equipo.

Ciudades especializadas –como Alcoy, Elche, Sabadell, Tarrasa, Ferrol, San Fernando, Getafe o Mieres– y otras –todas las capitales de provincia– en las que la diversificación del tejido productivo se demuestra como la característica industrial dominante. Núcleos urbanos que en ningún caso se han sustraído al imparable avance de los servicios en estas últimas décadas, pero que en alguno todavía mantienen en 1991 porcentajes cercanos a la mitad de su empleo ocupados en actividades industriales (Langreo, Mieres, Badalona, Cornellá, Mataró, Sabadell y Tarrasa).

En otros casos, ciudades «aisladas», de industrialización reciente, que parecen haberse aprovechado de externalidades inter e intraindustriales, incluyendo las que tienen que ver con decisiones políticas, y otras, cercanas y relacionadas entre sí, que son el resultado de un proceso acumulativo –histórico– de factores productivos (capital físico, humano, infraestructuras, etc.), en las que las ventajas comparativas parecen haber desempeñado un papel fundamental. Indicios suficientes, en cualquier caso, como para presumir la existencia de distritos industriales (según la definición expuesta en la nota 81), cuya caracterización ya no me corresponde en este trabajo.

Algunas conclusiones

Combinando investigaciones ajenas y propias, las páginas anteriores han pretendido una aproximación sintética a la trayectoria industrial de las regiones españolas en un periodo especialmente determinante de su historia. Con la misma intensidad que en estos últimos cincuenta años se ha materializado el cambio político y social en nuestro país, también esta parcela de la actividad económica –insignia del crecimiento económico moderno– ha sufrido transformaciones de hondo calado. Aquellas que se refieren a su dimensión puramente regional –de las actuales comunidades autónomas– han sido analizadas desde una perspectiva en la que ha primado la comparación y un empeño ponderador de carácter sectorial y territorial. También, un interés por proporcionar un acercamiento desde nuestra disciplina, que espero haber plasmado adecuadamente. Así, y al margen

de la necesaria contextualización estatal e historiográfica –desarrollada en los dos primeros epígrafes– he insistido con énfasis en la necesidad de conocer el pasado industrial de cada región para explicar lo ocurrido en este último medio siglo: ni la acelerada modernización de los años sesenta ni las diversas trayectorias posteriores se entienden al margen de la historia propia de cada uno de las distintas experiencias industrializadoras –una historia secular, por otra parte– que en última instancia conforman el sector secundario en las diecisiete autonomías.

Los epígrafes 4, 5 y 6 representan el grueso del trabajo. Referidos a la segunda mitad del siglo XX, el primero de ellos, utilizando casi exclusivamente datos estadísticos oficiales, plantea una visión general en la que se comparan en perspectiva histórica, y a nivel regional, el comportamiento del valor añadido industrial y del empleo en relación con el conjunto español y con el resto de la estructura productiva. En el segundo, empleando una alternativa metodológica a la mera elaboración de las cifras proporcionadas por las distintas administraciones públicas (los índices de producción industrial), se profundiza en la trayectoria industrial de tres regiones (Andalucía, Cataluña y Euskadi), y concretamente en dos aspectos no analizados en el apartado anterior: los ciclos industriales y la distribución sectorial del producto; el tercero, en fin, explora en un ámbito territorial apenas recorrido con ánimo comparativo: las provincias y las ciudades industriales.

En los apartados de carácter general he intentado precisar los plazos temporales y la localización regional de la secuencia de términos que impregna las páginas anteriores (industrialización, desindustrialización, nueva industrialización), y me he atrevido a apuntar dos posibilidades alternativas de análisis de los procesos de industrialización vinculados a la tercera revolución tecnológica: la inclusión de determinadas actividades englobadas tradicionalmente en el sector terciario y la necesidad de descender a unidades administrativas de menores dimensiones a las propiamente autonómicas. Aunque en esta ocasión apenas se trate de un esbozo, estoy seguro de que la inclusión de estos nuevos registros en el estudio territorial de nuestra industrialización más reciente permitirá abordar con un utillaje teórico y metodológico más adecuado el estudio de la compleja problemática ligada al extraordinario crecimiento de la producción industrial y a la no menos profunda transformación estructural del sector experimentados en estos últimos cincuenta años.

Por supuesto, estos dos últimos –crecimiento y cambio sectorial– son asuntos que definen la actividad industrial de la mayoría de las regiones españolas en este periodo. De alguna manera, todas parecen compartir unas tasas de incremento de su producto manufacturero similares –una deducción implícita si se recuerda la trayectoria andaluza, una de las comunidades autónomas menos industrializadas en la segunda mitad del siglo XX– y con ellas una modificación de su estructura interna en la que las industrias de bienes intermedios y de inver-

sión experimentan aumentos sustanciales en su aportación a los respectivos valores añadidos regionales.

Si hubiera que ajustar estas dos características a una determinada cronología, cabría concluir que el crecimiento de la producción fue sobre todo un asunto de las tres primeras décadas analizadas y el cambio estructural de las dos últimas. Así, lo ocurrido en la primera etapa significaría, a grandes rasgos, una recuperación de los modelos de especialización o diversificación asumidos durante los treinta años iniciales del siglo XX, interrumpidos con la Gran Depresión, la Guerra Civil y la larga posguerra: aquí radicaría la causa de que durante el franquismo fuesen escasos los cambios en la distribución regional del producto industrial español y en el reparto sectorial de los valores añadidos.

A partir de 1980 las novedades institucionales –conformación del estado de las autonomías y la entrada en Europa como las dos más significativas– y los avances generalizados del nuevo paradigma industrial (desarrollo de sectores de mayor complejidad tecnológica, internacionalización de la economía y terciarización) imponen modificaciones que tendrán consecuencias territoriales importantes y acabarán afectando a la distribución intrarregional e interregional del producto industrial, así como a la composición interna del mismo.

Es entonces cuando las ventajas acumuladas durante las décadas anteriores se manifiestan en toda su amplitud: las disponibilidades de capital humano y físico, de una trama manufacturera densa pero también flexible, en la que desempeñan un papel clave los distritos industriales y las aglomeraciones urbanas y de una localización adecuada, se convierten en elementos aglutinadores de un nuevo estadio industrial crecientemente participado por ramas de elevado contenido tecnológico abiertas a mercados exteriores, destino prioritario de la inversión directa extranjera y en el que tiende a difuminarse la tradicional división sectorial.

En esta etapa, las agrupaciones regionales contempladas en el presente trabajo configuran un mapa industrial ligeramente menos concentrado que el de comienzos o mediados del Novecientos, pero a la postre progresivamente inclinado hacia el noroeste y la vertiente mediterránea –siempre con el añadido madrileño– en el que conviven antiguas y nuevas zonas industrializadas, en su mayoría instaladas en el curso del Ebro. De entre las primeras, Cataluña y el País Vasco son un ejemplo elocuente –para lo bueno y lo malo– del peso de la historia y de la importancia de haber optado o no por un determinado modelo industrializador que puede haberse mostrado más o menos versátil o adecuado al paradigma tecnológico vigente en la actualidad. De las segundas, Navarra, Aragón o La Rioja ejemplifican las posibilidades de avanzar por caminos distintos –desde la conformación de complejos agroindustriales a los efectos de arrastre vinculados a una determinada empresa automovilística–. A caballo entre unas y otras, Madrid representa el caso más acabado de economía regional meta o serviindustrial, mientras la Comunidad Valenciana ofrece una distribución sectorial y terri-

torial de su producto industrial más equilibrada, en la que parecen convivir especialización y diversificación.

Repárese, en fin, en que en todos los casos las Comunidades Autónomas –sobre todo las pluriprovinciales– terminan reflejando la existencia en su interior de uno o varios núcleos polarizadores de esta nueva actividad industrial, que además se perfilan progresivamente dependientes de una determinada aglomeración urbana, llámese Barcelona, Zaragoza, Madrid, Pamplona, Valencia o Logroño. Y repárese también en que en aquellas regiones donde los avances en estas dos últimas décadas no han sido tan significativos –Galicia o Castilla-León– las ganancias se han debido siempre a la emergencia de este tipo de localizaciones fabriles –Vigo en Galicia; Valladolid o Burgos en Castilla–. No se trata de un fenómeno nuevo –como es sabido, la primera revolución industrial ya se caracterizó por la existencia de núcleos fabriles de carácter local–; lo realmente novedoso es que ha llegado a convertirse en la expresión más acabada de lo que aquí hemos calificado, en su acepción más amplia, como «nueva industrialización». Teniendo en cuenta tales argumentos, y sin discutir la legitimidad del enfoque regional mayoritariamente empleado a lo largo de estas páginas, no estaría de más que los historiadores económicos incorporásemos también otros territorios menos extensos –y en alguna medida, menos definidos también histórica, política o administrativamente–, a nuestras investigaciones sobre los procesos contemporáneos de industrialización.

BIBLIOGRAFÍA

- ABDEL-RAHMAN, H. M.; FUJITA, M. (1990), «Product varieties, Marshallian externalities and city sizes», *Journal of Regional Science*, 2, pp. 165-183.
- ABREU, F. (1992), «Reconstrucción del ciclo industrial en la economía gallega del siglo XX. Proceso de industrialización en Vigo», en F. González Laxe, coord., pp. 251-296.
- ALVAREZ MARTÍN, M. (1997), «Fuentes cuantitativas para el estudio de la industria fabril en Castilla y León durante el “primer franquismo”. Una aproximación», *VI Congreso de la Asociación de Historia Económica. 9ª sesión. La riqueza de las regiones. Análisis espacial de la industrialización*. Girona.
- ARENAS, C. ed. (1995), *Industria y clases trabajadoras en la Sevilla del siglo XX*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- ARES, J. J. (1992), «La base industrial y sus especializaciones. Análisis de la diversificación y la localización», en F. González Laxe, coord., pp. 23-250.
- ARIZKUN, A. (2001), «Navarra: de la especialización agraria a la industrialización», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 125-152.

- ARK, B. Van; CRAFTS, N. eds. (1996), *Quantitative aspects of post-war european economic growth*. Cambridge, Cambridge University Press.
- ARTHUR, B. (1994), *Increasing Returns and Path Dependence in the Economy*. University of Michigan Press.
- AURIOLES, J.; CUADRADO, J. R., eds., (1989), *La localización industrial en España. Factores y tendencias*. Madrid, Fundación FIES.
- AURIOLES, J.; PAJUELO, A., (1988), «Factores determinantes de la localización industrial en España», *Papeles de Economía Española*, 35, pp. 188-207.
- AURIOLES, J.; VILLENA, J., dirs., (1991), *El sector industrial en Andalucía*. Sevilla, I.F.A.
- AYDALOT, P.; KEEBLE, D., eds. (1988), *High-Technology industry and innovative environments: the European experience*. Londres, Routledge.
- AZNAR, A.; APARICIO, M.^a T. (2000), *Opel España*. Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada.
- BARCIELA, C.; LÓPEZ, I. y MELGAREJO, J. (1998), «Autarquía e intervención: el fracaso de la vertiente industrial del Plan Badajoz», *Revista de Historia Industrial*, 14, pp. 125-163.
- BECATTINI, G. (1979), «Dal settore industriale al distretto industriale. Alcune considerazioni sull'unità di indagine dell'economia industriale», *Rivista di Economia e Politica Industriale*, 1, pp. 7-21.
- comp. (1987), *Mercato e forza locali: il distretto industriale*. Bolonia, Il Mulino.
- (1990), «The Marshallian industrial district as a socio-economic notion», en F. Pyke, G. Becattini y W. Sengenberger, eds., pp. 37-51.
- (2000), *Il distretto industriale. Un nuovo modo di interpretare il cambiamento economico*. Torino, Rosenberg & Sellier.
- BEL, G.; STRUCH, A, coords. (1997), *Industrialización en España. Entusiasmos, desencantos y rechazos: ensayos en homenaje al profesor Fabián Estapé*. Madrid, Civitas.
- BENKO, G; DUNFORD, M. (1991), *Industrial change and regional development*. Londres, Belhaven Press.
- BENKO, G; LIPIETZ, A., eds. (1994), *Las regiones que ganan. Distritos y redes. Los nuevos paradigmas de la geografía económica*. Valencia, Instituto Alfonso el Magnánimo.
- BERNAL, A.M.; PAREJO, A. (2001), «La economía andaluza: atraso y frágil vertebración», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 299-330.
- BETRÁN, C. (1999), «Difusión y localización industrial en España durante el primer tercio del siglo XX», *Revista de Historia Económica*, XVII, 3, pp. 663-696.

- BLACKABY, F., ed. (1987), *De-industrialisation*. Londres, Gower Press.
- BOSQUE, J.; MENDEZ, R., eds. (1995), *Cambio industrial y desarrollo regional en España*. Barcelona, Oikos Tau.
- BRAÑA, F.J.; BUESA, M. y MOLERO, J. (1978), «La especialización sectorial en el proceso de industrialización de la economía española, 1962-1970», *Investigaciones Económicas*, 7.
- BUESA, M. (1998), «I+D e innovación tecnológica en las regiones españolas». Documentos de Trabajo del Instituto de Análisis Económico y Financiero. Madrid.
- BUESA, M.; MOLERO, J. (1999), «La industria: reorganización y competitividad», en J. L. García Delgado, dir., pp. 151-174.
- (2000), «La industrialización en la segunda mitad del siglo XX», en J. Velarde, coord., pp. 681-735.
- CABALLERO, R. J.; LYONS, R. K., (1990), «Internal versus external economies in European industry», *European Economic Review*, 34, pp. 805-830.
- CALLEJÓN, M. (1997), «Concentración geográfica de la industria y economías de aglomeración», *Economía Industrial*, 317, pp. 61-68.
- CALLEJÓN, M.; COSTA, M., (1995), «Economías externas y localización de las actividades industriales», *Economía Industrial*, 305, pp. 75-86.
- (1996), «Geografía de la producción. Incidencia de las externalidades en la localización de la actividades en España», *Información Comercial Española*, 754, pp. 39-49.
- CAMARA, M. J.; HUERTA, E. (1986), «La empresa industrial navarra: resultados», *Economía Industrial*, 263-264, pp.
- CAMPS, C. (1978), *La industria andaluza*. Barcelona, Banco Industrial de Catalunya.
- CARAVACA, I. (1998), «Los nuevos espacios emergentes», *Revista de Estudios Regionales*, 50, pp. 39-80.
- CARMONA, X. (1990), «Crisis y transformación de la base industrial gallega, 1850-1936», en J. Nadal y A. Carreras, dirs., pp. 23-48.
- (2001): «Galicia: minifundio persistente e industrialización limitada», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 13-45.
- CARRERAS, A. (1983), *La producció industrial espanyola i italiana desde mitjan segle XIX fins a l'actualitat*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Barcelona.
- (1985), «La producción industrial catalana y vasca, 1844-1935. Elementos para una comparación», en M. González de Portilla, J. Maluquer y B. De Riquer, eds., pp. 197-209.
- (1987), «La industria: atraso y modernización», en J. Nadal, A. Carreras y C. Sudrià, comps., pp. 280-312.

- ed. (1989), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*. Madrid, Fundación Banco Exterior.
- (1990a), *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*. Madrid, Espasa Calpe.
- (1990b), «Cataluña, primera región industrial de España», en J. Nadal y A. Carreras, dirs., pp. 259-295.
- (1992), «La producción industrial en el muy largo plazo: una comparación entre España e Italia de 1861 a 1980», en L. Prados y V. Zamagni, eds., pp. 173-210.
- CATALAN, J. (1993), «Economía e industria: la ruptura de posguerra en perspectiva histórica», *Revista de Historia Industrial*, 4, pp. 111-143.
- (1999), «Spain, 1939-1996», en M. Schulze, ed., pp. 353-371.
- CLIMENT, E.A.; ALONSO, P. (1995), «El desarrollo industrial en Aragón, consecuencia de una situación estratégica», en J. Bosque y R. Méndez, eds., pp. 241-259.
- COLL, S.; GUIJARRO, M. (1998), *Estadística aplicada a la historia y las ciencias sociales*. Madrid, Pirámide.
- COMIN, F.; MARTÍN ACEÑA, P., eds. (1996), *La empresa en la historia de España*. Madrid, Civitas.
- COOPER, C.; KAPLINSKY, R., eds., (1989), «Technology and development in the third industrial revolution», *European Journal of Development Research*, vol. I, núm. 1, pp. 1-108.
- COSTA CAMPI, M. T. (1988), «Descentramiento productivo y difusión industrial. El modelo de especialización flexible», *Papeles de Economía Española*, 35, pp. 251-276.
- COSTA, M. T.; VILADECANS, E. (1999), «Concentración geográfica de la industria e integración económica en España», *Economía Industrial*, 329, pp. 19-28.
- CRAFTS, N. (2000), «Globalization and growth in the Twentieth century». Working Paper, Fondo Monetario Internacional. Washington.
- CRAFTS, N.; TONIOLO, G., eds. (1996), *Economic Growth in Europe since 1945*. Cambridge, Cambridge University Press.
- CUADRADO, J. R., (1988), «Cambios en el mapa económico-regional de España y decisiones de localización industrial», *Economía Industrial*, 260, pp. 71-82.
- (1991), «Structural changes in the Spanish economy: their regional effects», en L. Rodwin y H. Sazanami, eds., pp. 168-201.
- CUADRADO, J. R., dir., (1998), *Convergencia regional en España. Hechos, tendencias y perspectivas*. Madrid, Fundación Argentaria.
- CUADRADO, J. R.; DEL RÍO, C. (1989), «Structural change and evolution of the service sector in the OECD», *The Service Industries Journal*, 9, núm. 3, pp. 439-468.

- CHEENERY, H.; ROBINSON, S.; SYRQUIN, M. (1986), *Industrialization and Growth. A Comparative Study*. Oxford, Oxford University Press.
- DANIELS, P.; MOUJAERT, F., eds., (1991), *The changing geography of advanced producer services*. Belhaven, Londres.
- DEHESA, de la G; RUIZ, J. J.; TORRES, A. (1999), «Spain», en D. Papageorgiu, M. Michaely y A. M. Choksi, eds., pp. 141-263.
- DELGADO CABEZA, M.; SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, J. (1998), «Las desigualdades territoriales en el Estado español. 1955-1995», *Revista de Estudios Regionales*, 51, pp. 61-89.
- DELONG, B. (2000), «Cornucopia: the pace of economic growth in the twentieth century». NBER Working Papers Series.
- DOBADO, R.; LÓPEZ, S. (2001), «Del vasto territorio y la escasez de hombres: la economía de Castilla-La Mancha en el largo plazo», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 238-270.
- DOLADO, J.; GONZÁLEZ PÁRAMO, J. M. y ROLDÁN, J. M. (1994), «Convergencia económica entre las provincias españolas: evidencia empírica (1955-1989)», *Moneda y Crédito*, 198, pp. 81-131.
- DOMÍNGUEZ, R.; PEREZ, P. (2001), «Cantabria: del mercado colonial al mercado nacional», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 66-94.
- ELFRING, T. (1988), *Service sector employment in advanced economies*, Gower, Aldershot.
- ELLISON, G.; GLASER, E. (1997), «Geographic Concentration in U.S. Manufacturing Industries: A Dartboard Approach», *Journal of Political Economy*, 105, pp. 889-927.
- (1999), «The Geographic Concentration of Industry: Does Natural Advantage Explain Agglomeration?», *American Economic Review*, mayo, pp. 311-316.
- ESCUADERO, A. (1998), *Minería e industrialización de Vizcaya*. Barcelona, Crítica.
- EXTXEBERRÍA, G. (1990): *La desestructuración del espacio económico vasco. La crisis actual de la industria vasca y su inserción en el marco europeo*. Bilbao, Universidad del País Vasco.
- FANJUL, O. y otros (1974), *Cambios en la estructura interindustrial de la economía española, 1962-1970: una primera aproximación*. Madrid, Fundación INI.
- FERNÁNDEZ BLANCO, V. M. (1988), «Determinantes de la localización de las empresas industriales en España». *Economía Industrial*, 260, pp. 63-69.
- FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (2001), «De la primera industrialización a la reconversión industrial: la economía vasca entre 1841 y 1990», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 95-124.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, F. dir. (1973), *Estudio de evaluación de los polos de desarrollo de Burgos, Valladolid y Zaragoza*. Madrid, Instituto de Desarrollo Económico.

- FOURNEAU, F. (1978), *El impacto del polo de desarrollo en la provincia de Huelva*, Sevilla.
- FUJITA, M.; KRUGMAN, P.; VENABLES, A.J. (2000), *Economía espacial. Las ciudades, las regiones y el comercio internacional*. Barcelona, Ariel.
- GANDOY JUSTE, R. (1987), «Producción y productividad global en la industria española, 1964-1981», *Economía Industrial*, 256, pp. 33-46.
- GARCÍA, S.; GOERLICH, F. J. y ORTS, V. (1994), «Macromagnitudes básicas a nivel sectorial de la industria española: series históricas», *Economía Industrial*, 299, pp. 213-247.
- GARCIA COLMENARES, P. (1992), «Desindustrialización e industrialización del textil castellano y leonés, 1800-1930», comunicación presentada al Seminario *La desindustrialización a partir de la industrialización*. Fundación Duques de Soria.
- GARCÍA DELGADO, J. L. (1987), «La industrialización y el desarrollo económico de España durante el franquismo», en J. Nadal, A. Carreras y C. Sudrià, comps., pp. 164-189.
- ed., (1989), *El primer franquismo. España durante la segunda Guerra Mundial*. Madrid, Siglo XXI.
- (1990), «La economía de Madrid en el marco de la industrialización española», en J. Nadal y A. Carreras, dirs., pp. 219-258.
- (1997), «La industrialización española en su perspectiva histórica. Rasgos definidores», en G. Bel y A. Estruch, coords., pp. 317-335.
- dir. (1999), *España, Economía: ante el siglo XXI*. Madrid, Espasa.
- GARCÍA DELGADO, J. L.; CARRERA, M. (2001), «Madrid, capital económica», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 209-237.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, R. (1987), *Economía de Castilla y León*. Valladolid.
- GERMÁN ZUBERO, L. (1990), «La industrialización de Aragón. Atrazo y dualismo interno», en J. Nadal y A. Carreras, dirs., pp. 185-218.
- (1993), «Crecimiento económico, disparidades y especialización regional en España (siglos XIX y XX)», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, vol. 3, 2, pp. 203-212.
- (2001), «Del cereal al metal. La trayectoria de la economía aragonesa», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 331-356.
- (inédito), «Trayectorias económicas regionales y especialización sectorial de las regiones en España durante el siglo XX», Zaragoza.
- GERSHUNY, J.I.; MILES, I. D. (1983), *The new service economy: the transformation of employment in industrial societies*. Londres. Francis Printer (Hay edición en castellano: Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988).
- GIRÁLDEZ PIDAL, E. (1986), «La inversión industrial: algunas consideraciones en torno a su comportamiento sectorial y espacial durante la crisis de los setenta», *Situación*, 1, pp. 62-98.

- GOERLICH, F. J.; ORTS, V.(1996), «Economías de escala, externalidades y atesoramiento de trabajo en la industria española (1964-1989)», *Revista de Economía Aplicada*, 11, pp. 151-166.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M; PAREJO, A., eds. (en prensa), *Industrialización y desindustrialización de Andalucía. Una revisión historiográfica*. Terceras Jornadas: La Historia de Andalucía a debate. Granada.
- GONZÁLEZ LAXE, F., ed. (1992), *Estructura económica de Galicia*. Madrid, Espasa Calpe.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M. de (1989), «El País Vasco en la posguerra: crecimiento y especialización industrial», en J. L. García Delgado, ed., pp. 89-104.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M. de; MALUQUER, J.; RIQUER, B. D. eds. (1985), *Industrialización y nacionalismos. Análisis comparativos*. UAB, Bellaterra.
- HENDERSON, V. (1985), *Economic Theory and the Cities*. Orlando, Academic Press.
- (1994), «Where does an industry locate?», *Journal of Urban Economics*, 35, pp. 83-104.
- (1997), «Externalities and industrial development», *Journal of Urban Economics*, 42, pp. 449-470.
- HENDERSON, V.; KUNCORO, A. y TURNER, M. (1995), «Industrial development in cities», *Journal of Political Economy*, 103, pp. 1.067-1.090.
- HERCE, J. A.; DE LUCIO, J. J. y GOICOLEA, A. (1996), «La industria de las comunidades autónomas: 1978-1992», *Papeles de Economía Española*, 67, pp. 134-147.
- HOMS, F.; PAGÉS, J. (1989), «La nova química, dominada pel capital estranger, 1939-1983», en J. Nadal, dir., pp. 167-223.
- HUDSON. P. ed. (1989), *Regions and industries: a perspective on the industrial revolution in Britain*. Cambridge, Cambridge University Press.
- HUERTA, E. (1992), «La industria», en J. M^a Serrano Sanz, dir., pp. 231-254.
- INE (varios años), *Estadística Industrial de España, 1963... 1975*. Madrid,
- (1997), *Contabilidad Regional de España. Base 1986. Serie 1991-1995*. Madrid.
- INSTITUTO DEL TERRITORIO Y URBANISMO (1988), *Pautas de localización territorial de empresas industriales*. Madrid, MOPU.
- JOHNSON, P. ed. (1993), *European industries: structure, context and performance*. Cheltenham.
- JONES, P; WILD, T. (1991), «Industrial restructuring and spatial change in Britain and West Germany», en T. Wild y P. Jones, eds., pp. 1-39.
- KEEBLE, D. (1991), «De-industrialisation, new industrialisation processes and regional restructuring in the European Community», en T. Wild y P. Jones, eds., pp. 40-65.

- KEEBLE, D.; WEVER, E., eds., (1986), *New firms and regional development in Europe*. Londres, Croom Helm.
- KENNESSY, Z. (1987), «The primary, secondary, tertiary and quaternary sector of the Economy», *Review of Income and Wealth*, pp. 259-285.
- KIM, S. (1995), «Expansion of markets and the geographic distribution of economies activities: the trends in U.S. regional manufacturing structure, 1860-1987», *Quarterly Journal of Economics*, pp. 881-908.
- (1998), «Economic integration and Convergence: U.S. regions, 1840-1987», *Journal of Economic History*, 58, pp. 659-683.
- (1999), «Urban development in the United States, 1690-1990», NBER Working papers, 7.120.
- KIRBY, M. (1999), «Industrial and structural change», en M. Schulze, ed., pp. 81-104.
- KÖHLER, H.D. (1996), *Asturias: el declive de una región industrial*. Oviedo, Universidad de Oviedo.
- KRUGMAN, P. (1991a), «History versus expectations», *Quarterly Journal of Economics*, CVI, pp. 651-667.
- (1991b), «Increasing Return and Economic Geography», *Journal of Political Economy*, 99, pp. 483-499.
- (1993), «First nature, second nature and metropolitan location», *Journal of Regional Science*, 33, pp. 129-144.
- LATHESON, I; WHEELER, J.W., eds. (1980), *Western economies in transition: structural change and adjustment policies in industrial countries*. Londres.
- LLOPIS AGELÁN, E. (1996), «La industria en la España atrasada durante el primer franquismo: el caso extremeño», en S. Zapata, ed., pp. 323-398.
- LLOPIS, E.; FERNÁNDEZ, R. (1997), *Índices provinciales y regionales de producción manufacturera, 1964-1977*. Fundación Empresa Pública. Documento de Trabajo 9.706.
- (1998), «Las industrias manufactureras regionales en la época del desarrollismo. Un nuevo análisis de localización y convergencia», *Revista de Historia Industrial*, 13, pp. 113-146.
- LLOPIS, E.; ZAPATA, S. (2001), «El “sur del sur”. Extremadura en la era de la industrialización», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 371-298.
- MACIAS, A. (2001), «Canarias: una economía insular y atlántica», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 476-506.
- MALUQUER, J. (1994). «La gran transformació. Industrialització i modernització a la Catalunya del segle XIX», en J. Nadal, dir., vol. I, pp. 39-122.

- (1998), *Història econòmica de Catalunya. Segles XIX i XX*. Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya / Proa.
- (2001a), «Cataluña, avanzada de la industrialización», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 357-389.
- (2001b), «Las comunidades autónomas españolas bajo el impacto de la integración en la Unión Europea», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 525-560.
- MANERA, C. (1999), «Primeras notas sobre la industria de Mallorca a las puertas del turismo de masas (1940-1960)», en *La industrialización y el desarrollo económico de España. Homenaje a Jordi Nadal*, Barcelona, Universitat de Barcelona, vol. II, pp. 1.546-1.564.
- (2001), «Renta de situación y desarrollo mercantil: el crecimiento económico de Baleares», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 441-475.
- MANERO, F. (1985), *La industria en Castilla y León*. Valladolid.
- MARTÍN, C.; ROMERO, L.R. y SEGURA, J. (1981), *Cambios en la estructura interindustrial española (1962-1975)*. Madrid, Fundación INI.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, M. (1999a), «La empresa pública industrial en Andalucía (1939-1997). Teoría y práctica», en *La industrialización y el desarrollo económico de España. Homenaje a Jordi Nadal*, Barcelona, Universitat de Barcelona, vol. II, pp. 1.531-1.545.
- (1999b), «Disparidades regionales: perspectiva histórica y europea», en J. L. García Delgado, dir., pp. 483-505.
- MARTIN, R.; ROWTHORN, R., (1986), *The Geography of de-industrialisation*. Londres, MacMillan.
- MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M. (1992), «Fuentes para el análisis regional de la industrialización española», *Estudis Baleàrics*, 43, pp. 27-44.
- (1997), «La industrialización española y las fuentes fiscales. Una valoración regional desde la Contribución Industrial, 1856-1950», *VI Congreso de la Asociación de Historia Económica*. Gerona.
- MOLINA, F. X. (1999), «Relational view of the firm based on geographical embeddedness. A case study». Documento de Trabajo. Universidad de Castellón.
- MORELLA, E. (1992), «El producto industrial de posguerra: una revisión (índices sectoriales, 1940-1958)», *Revista de Historia Económica*, X, 1, pp. 125-143.
- MORENO FERNÁNDEZ, J. R. (2001), «La Rioja: las otras caras del éxito», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 153-181.
- MORENO LÁZARO, J. (1996), «Empresas y empresarios castellanos en el negocio de la harina, 1778-1913», en F. Comin y P. Martín Aceña, eds., pp. 187-202.

- (2001), «La precaria industrialización de Castilla y León», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 182-208.
- MYRO, R., (1987), «Evolución de la productividad de la industria española. Una comparación con otros países de la OCDE», *Economía Industrial*, 2, pp. 25-32.
- (1988), *La industria española. Información estadística. Evolución de las principales magnitudes industriales en el período 1970-1986*. Fundación FIES. Documento de Trabajo núm. 9.205.
- (1997a), «El crecimiento de las industrias regionales españolas. Principales rasgos y determinantes», *Economía Industrial*, 317, pp. 11-20.
- (1997b), «El crecimiento comparado de la industria extremeña en el periodo 1980-1992», *Situación. Serie Estudios Regionales: Extremadura*. Fundación BBV, Madrid.
- NADAL, J. (1987), «La industria fabril española en 1900: una aproximación», en J. Nadal, A. Carreras y C. Sudrià, comps., pp. 23-61.
- NADAL, J., dir. (1988-1994), *Història Econòmica de la Catalunya Contemporània*. 8 vols. Barcelona, Enciclopedia catalana.
- NADAL, J.; CARRERAS, A. y SUDRIÀ, C., comps. (1987), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel.
- NADAL, J.; CARRERAS, A., coords. (1990), *Pautas regionales de la industrialización española. Siglos XIX y XX*. Barcelona, Crítica.
- NADAL, J.; TAFUNELL, X. (1992), *Sant Martí de Provençals, pulmò industrial de Barcelona (1847-1992)*, Barcelona, Columna.
- NAVARRO, M. C. (1988), «La industria en la Rioja», *Economía Industrial*, 263-264, pp. 267-280.
- OJEDA, G. (2001), «Asturias: de la vieja a la nueva economía», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 46-65.
- OTTAVIANO, E.; PUGA, D. (1998), «Agglomeration in the global economy: a survey of the new economic geography», *The World Economy*, 21, pp. 707-731.
- PAJUELO, A.; VILLENA, J. (1993), «La industria», en M. Martín Rodríguez, dir., pp. 347-374.
- PALAFIX, J. (2001), «La tardía industrialización de la economía valenciana», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 390-412.
- PAPAGEORGIOU, D.; MICHAELY, M.; CHOKSI, A.M. (1999), *Liberalizing foreign trade*. Londres, Basil Blackwell.
- PARDO, M. R. (1996), *La industria de Castilla-La Mancha en el periodo de recuperación*. Madrid, Civitas.
- PAREJO, A.; SÁNCHEZ PICÓN, A. (1999), *Economía andaluza e historia industrial. Estudios en homenaje a Jordi Nadal*. Motril, Asukaria Mediterránea.

- PAREJO, A. (1995), «Un índice de la producción industrial de Andalucía, 1830-1913», *Revista de Historia Industrial*, 8, pp. 1-42.
- (1997), *La producción industrial de Andalucía, 1830-1935*. Sevilla, I.D.R.
- (en prensa), «Andalucía en la industrialización de las regiones españolas (siglos XIX y XX)», en M. González de Molina y A. Parejo, eds.
- PARELLADA, M. (1989), «La conquista del liderat, 1939-1981», en J. Nadal, dir., pp. 99-146.
- PÉREZ, F. y otros (1996), *Capitalización y crecimiento en España y sus regiones, 1955-1995*. Madrid, Fundación BBV.
- (2000), «Dinámica de las regiones en España (1955-1995)», *Revista de Economía Aplicada*, 22, pp. 155-173.
- PÉREZ PICAZO, M^a T.; MARTÍNEZ CARRIÓN, J.M. (2001): «Murcia: crecimiento en un medio físico difícil», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata, eds., pp. 413-440.
- PICAZO, A. J.; REIG, E. (1997), «¿Hay efectos regionales en la acumulación de capital? Un análisis para la industria española», *Economía Industrial*, 317, pp. 49-60.
- PIORE, M.; SABEL, C. (1994), *La segunda ruptura industrial*. Madrid, Alianza Universidad.
- POLLARD, S. (1994), «Regional and Inter.-regional economic development in Europe in the eighteenth and nineteenth centuries». *Debates and controversies in Economic History. A-sessions. Proceedings Eleventh International Economic History Congress*, Milan, pp. 57-94.
- PONS NOVELL, J. (1997), «El ciclo industrial de las regiones españolas», *Economía Industrial*, 317, pp. 69-78.
- PORTER, M. E. (1998), «Clusters and competition. New agendas for companies, governments and institutions», en M. E. Porter, ed., pp. 197-288.
- ed. (1988), *On competition*. Boston, MA, Harvard Business School Press.
- PRADOS, L. (1995), *Spain's Gross Domestic Product, 1850-1993: Quantitative Conjectures*. Madrid, Universidad Carlos III, Departamento de Economía. Documento de Trabajo.
- PRADOS, L.; ZAMAGNI, V., eds. (1992), *El desarrollo económico en la Europa del Sur: España e Italia en perspectiva histórica*. Madrid, Alianza.
- PRADOS, L.; SANZ, J. (1996), «Growth and macroeconomic performance in Spain, 1939-1993», en N. Crafts y G. Toniolo, eds., pp. 290-328.
- PYKE, F.; BECATTINI, G. y SENGENBERGER, W. comps. (1990), *Industrial districts and inter-firm cooperation in Italy*. Geneva. International Labor Organization. (hay traducción española: *Los distritos industriales y las pequeñas empresas*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992).

- RAPOSO, J.M. dir., (1975), *Situación actual y perspectivas de desarrollo de la región Duero*. Madrid, CECA, 2 vols.
- RAUCH, J. (1993), «Does history matter when it only matter a little? The case of city-industry location», *Quarterly Journal of Economics*, 108, pp. 843-867.
- RAYMOND, J.L.; GARCIA, B. (1994), «Las disparidades en el PIB per capita entre comunidades autónomas y la hipótesis de la convergencia», *Papeles de Economía Española*, 59, pp. 37-58.
- RODRÍGUEZ NUÑO, V. (1997), «Crecimiento, especialización y concentración del empleo industrial en las comunidades autónomas, 1980-1992», *Economía Industrial*, 317, pp. 153-171.
- RODRÍGUEZ POSE, A. (2000), «Local production system and economic performance in France, Germany, Italy and the United Kingdom». Documento de Trabajo. London School of Economic.
- RODWIN, L.; SAZANAMI, H., eds. (1991), *Industrial Change and regional economic transformation. The experience of Western Europe*. Londres, Harper Collins.
- ROSES, J.R. (inédito), «¿Por qué no se industrializaron todas las regiones españolas? La concentración de la industria española durante la primera fase de la industrialización (1797-1910)».
- ROWTHORN, R.; RAMASWAMY, R. (1997), «Desindustrialization: causes and implications», I.M.F. Working Paper.
- RUBALCABA, L. (1997), «Servicios a empresas: marco analítico, magnitud y evolución reciente en Europa», *Economía Industrial*, 313, pp. 21-44.
- SÁNCHEZ AGUILAR, A. (1997), «Anexo: sector naval», en J. Vallés, coord., pp. 485-502.
- SAN ROMÁN, E. (1995), *Fuentes documentales para el estudio de la industria en la España de Franco*. Universidad Complutense de Madrid. Documento de Trabajo.
- SCHULZE, M.S. ed. (1999), *Western Europe, economic and social change since 1945*. London & New York, Longman.
- SCOTT, A.J., (1988), *New industrial spaces: flexible production organisation and regional development in North America and Western Europe*. Londres.
- SEGARRA BLASCO, A. (1997), «Las disparidades regionales de la productividad industrial, 1978-1992», *Economía Industrial*, 317, pp. 21-34.
- SERRANO SANZ, J.M., dir. (1992), *Estructura económica del Valle del Ebro*. Madrid, Espasa Calpe.
- SERVICIO SINDICAL DE ESTADÍSTICA (1960-1976), *Estadísticas de Producción Industrial, 1958-1975*. Madrid.
- SUÁREZ BERNALDO DE QUIRÓS, F.J. (1992), «Economías de escala, poder de mercado y externalidades: medición de las fuentes de crecimiento español», *Investigaciones Económicas*, XVI, 3, pp. 411-441.

- SUDRIÀ, C. (1996), «La industrialización durante la segunda revolución tecnológica (1900-1975)», comunicación presentada al Seminario *La desindustrialización a partir de la industrialización*. Fundación Duques de Soria.
- (1997), «Capacidades sociales, absorción tecnológica e industrialización. Algunas reflexiones». Seminario de Historia Económica: *Tecnología, empresa e industrialización en Europa (siglos XIX y XX)*. Soria, Fundación Duques de Soria.
- TAPPI, D. (2000), «The neomarthallian industrial district. A study on Italian contributions to theory and evidence», Max Planck Institute for Research into Economic System. Discussion Paper.
- TIRADO, D.; PALUZIE, E. y PONS, J. (2000), «Trade liberalization, market integration and industrial concentration: the Spanish economy during the 19th century». *European University Institute. Working Papers*, 3, pp. 1-32.
- (2002), «Economic integration and industrial location: The case of Spain before WWI». *Journal of Economic Geography*, 2, pp. 343-363.
- VALLÉS, J., coord., (1997), *Economía andaluza*. Sevilla, Algaida.
- VELARDE FUERTES, J., coord. (2000), *1900-2000. Historia de un esfuerzo colectivo. Cómo España superó el pesimismo y la pobreza*. Madrid, Fundación BSCH/Planeta, 2 vols.
- VELARDE, J.; GARCÍA DELGADO, J. L. y PEDREÑO, A., eds. (1990). *La industria española. Recuperación, estructura y mercado de trabajo*. Madrid, Colegio de Economistas.
- dirs. (1992), *Ejes territoriales de desarrollo: España en la Europa de los noventa*. Madrid, Colegio de Economistas.
- VELÁZQUEZ, F. J. (1993), Economías de escala y tamaños óptimos en la industria española (1980-1986), *Investigaciones Económicas*, XVII, 3, pp. 507-525.
- VENCE, X. (1998): *Industria e innovación. O sistema de innovación e a política tecnoloxica en Galicia*. Vigo, Xerais.
- VILLAVERDE, J., ed. (1992), *Europa, España, Cantabria: estudios de economía regional*. Santander.
- WILD, T.; JONES, P., (eds.), (1991), *De-industrialisation and new industrialisation in Britain and Germany*, Londres.
- ZAMBRANA, J. F. (1999), «La industria del aceite de oliva durante el primer franquismo, 1939-1952», en A. Parejo y A. Sánchez Picón, eds., pp. 441-463.
- ZAPATA BLANCO, S., ed. (1996), *La industria de una región no industrializada: Extremadura, 1750-1990*. Cáceres.
- ZEITLIN, J.; SABEL, Ch. eds., (1997), *World of possibilities. Flexibility and mass production in Western Industrialization*. Cambridge, Maison des Sciences de l'homme- Cambridge University Press.

■

Industrialisation, desindustrialisation and new industrialisation in the spanish regions (1950-2000). A view from the economic history

ABSTRACT

This article analyses the evolution of Spanish industry between 1950 and 2000 from a regional perspective. In a preliminar section the paper focuses on the previous industrial trayectories –from the middle of nineteenth century– stressing the importance of the initial industrial location. In this way, during the second half of the twenty century a first phase of strong industrial growth and subsequently another one of structural change –named «new industrialisation», took place, on the basis of the emergence of high technology sectors ; but it hardly involved a spatial relocation of industrial activities.

The work includes new quantitative regional data on industrial value added, a more accurate comparative analysis between three Spanish regions –two industrialized, Catalonia and the Basque Country, and another one agrarian, Andalusia–, and finally, an introductory study on the Spanish industrial cities in this period.

KEY WORDS: *Industrialization, Desindustrialisation, New Industrialisation, Regional Specialization.*

■

Industrialización, desindustrialización y nueva industrialización de las regiones españolas (1950-2000). Un enfoque desde la historia económica

RESUMEN

El artículo analiza la evolución de la industria española entre 1950 y 2000 desde una perspectiva regional. En la introducción se presenta la trayectoria industrial anterior –desde mediados del siglo XIX– en una perspectiva comparada, demostrándose la importancia de la localización inicial en los posteriores procesos de industrialización. De tal forma, aunque durante la segunda mitad del siglo XX tuvo lugar una fase de fortísimo crecimiento industrial –en los años sesenta y primeros setenta– seguida de otra de un no menos profundo cambio estructural la llamada «nueva industrialización» basada en la emergencia de sectores fabriles de alta tecnología ; apenas se produjo en España una relocalización territorial del mapa manufacturero.

El trabajo incluye también nuevos cálculos regionales sobre valores añadidos industriales, un análisis comparativo más preciso referido a Cataluña, País Vasco y Andalucía, y finalmente una aproximación a la tipología de las ciudades industriales españolas en el período objeto de estudio.

PALABRAS CLAVE: *Industrialización, Desindustrialización, Nueva industrialización, Especialización regional.*